

ESTE ARTÍCULO ES EL CAPÍTULO SÉPTIMO de una obra de combate por la ciencia de la historia: *The Killing of History*, publicada originalmente en Sydney durante el año 1994 por Macleay Press. Después de tres ediciones en los Estados Unidos con un provocador subtítulo –*Cómo los críticos literarios y los teóricos sociales están asesinado nuestro pasado*–, esta obra ha desafiado al tiempo varias modas que parecían establecidas definitivamente en los ambientes universitarios: el relativismo cultural, el nuevo historicismo, el escepticismo radical, la reducción de la historia a una forma de la ficción literaria, el postcolonialismo, el postmodernismo, el deconstruccionismo y el “fin de la historia”. Solidario con el numeroso grupo de historiadores estadounidenses que en 1998 fundó The Historical Society después de abandonar las filas de The American Historical Association, cuyo tradicional medio de difusión (*The American Historical Review*) fue controlado por la influencia postmoderna, Windschuttle ha convocado a la preservación del legado intelectual de la historia científica que se hace remontar a la *Historia del Peloponeso* de Tucídides, y que recibió con Leopold von Ranke los nuevos criterios de rigurosidad respecto de la crítica de las fuentes disponibles.

Keith Windschuttle es un historiador australiano nacido en Sydney (1942), que obtuvo su máster en historia en la Universidad Macquarie (1979). Ha trabajado por decenios como periodista en todos los medios australianos, como profesor de historia australiana en varias universidades de su país y como profesor visitante en muchas universidades estadounidenses. Desde el 2006 es uno de los directores de la Australian Broadcasting Corporation. Sus obras más difundidas, además de *The Killing of History*, son: *The Fabrication of Aboriginal History, 1803-1847* (2002), *The White Australia Policy* (2004) y *Writing, Researching, Communicating* (1988). La versión castellana de este artículo fue hecha por Amelia Acebedo Silva y Armando Martínez.

110

**L**a historia es una disciplina que cabalga tanto sobre las humanidades como sobre las ciencias sociales. Las credenciales de la historia como ciencia derivan de tres de sus objetivos: el primero, su propósito de registrar la verdad acerca de lo que aconteció en el pasado; el segundo, su búsqueda de la construcción de un cuerpo de conocimientos sobre el pasado; el tercero, su aspiración a estudiar las sociedades del pasado a través de una metodología disciplinar que emplea fuentes y técnicas accesibles a otros en su campo científico. La presunción de que la historia es una ciencia es un asunto

muy controvertido que exige una justificación antes que una simple afirmación, y por ello en este artículo se discutirá el estatus científico de los métodos empleados por los historiadores. Para empezar, sin embargo, concentrémonos en el examen de los temas de verdad y conocimiento. El estudio de la historia es esencialmente una búsqueda de la verdad. Sin la pretensión de búsqueda de la verdad, escribir historia no se diferenciaría, en principio, de escribir una novela acerca del pasado. Un trabajo que no esté orientado a la verdad puede ser cualquier cosa, excepto un trabajo de historia. El conocimiento histórico puede, o bien ser descubierto mediante el





112

hallazgo de pruebas que provean nuevas revelaciones, o puede ser sintetizado mediante el ordenamiento de lo que ya es conocido en una forma que proporcione una nueva perspectiva sobre los eventos acaecidos en el pasado. De cualquier manera, los historiadores creyeron por mucho tiempo que estaban comprometidos en una empresa que tenía la pretensión de estar contribuyendo al conocimiento ya producido por sus antecesores, mediante la realización de nuevos descubrimientos o viendo las cosas desde distintas perspectivas, aun en el acto de criticar y subvertir otras formulaciones. Nunca un historiador ha estudiado un tema partiendo desde la nada. Hasta hace poco, todos reconocían haberse apoyado, hasta cierto punto, en aquellos que los habían precedido, y todos a su turno asumieron que estaban contribuyendo a la acumulación de un cuerpo de conocimiento que constituiría una fuente para otros.

En el ambiente académico de hoy, sin embargo, la búsqueda de la verdad y la acumulación de conocimientos se han convertido en una empresa altamente cuestionable. Una de las razones por las que el nihilismo de la teoría radical francesa ha sido

capaz de conseguir tal predominio sobre el estudio de los asuntos humanos es la de que existe actualmente un escepticismo extendido respecto de los conceptos de verdad y conocimiento. Muchos académicos creen que ni las ciencias sociales ni aún las naturales pueden proveernos algún tipo de certidumbre. La idea de moda y, según algunos, dominante, es la de que el conocimiento nunca puede ser absoluto y nunca pueden existir verdades universales. Permítanme citar una selección, al azar pero representativa, de recientes planteamientos de académicos, tanto en el campo de las humanidades como en el de las ciencias sociales, acerca de los conceptos de ciencia, conocimiento y verdad. Anthony Giddens, profesor de sociología en la Universidad de Cambridge y uno de los más influyentes teóricos sociales británicos, escribió:

En ciencia, *nada* es cierto y nada puede probarse, incluso si el empeño científico nos suministra la información más fiable acerca del mundo a la que podemos aspirar. En las entrañas del mundo de la ciencia rigurosa, la modernidad flota libremente<sup>1</sup>.

La historiadora feminista Ann Curthoys, profesora de la Universidad de Tecnología de Sydney, ha afirmado que

La mayoría de los académicos en las humanidades y las ciencias sociales, y hasta donde yo sé también en las ciencias físicas y naturales, rechazan ahora los conceptos positivistas de conocimiento, la noción de que uno puede objetivamente conocer los hechos. Los procesos de conocimiento, y la producción de un objeto que es conocido, se perciben como interconectados. Muchos llevan esta afirmación aun más lejos y argumentan que el conocimiento es por completo un efec-

<sup>1</sup> Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1990, p. 39. La traducción española fue hecha por Ana Lizón: *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1993, p. 47.

to del poder, de tal suerte que ya no podemos para nada tener un concepto de verdad <sup>2</sup>.

El crítico literario Harry Oldmeadow, de la Universidad La Trobe (Victoria, Australia), aunque sosteniendo una aguda crítica del rechazo hecho por la teoría postmodernista de los valores tradicionales, aceptó sin embargo su crítica de la verdad:

Las objeciones epistemológicas al ideal liberal de la búsqueda desinteresada de la verdad son cada vez más difíciles de controvertir. La rúbrica positivista de “objetividad” está ahora, con razón, hecha trizas: Kuhn, Rorty y otros han mostrado el modo como la base aparentemente objetiva de las disciplinas científicas mismas es ilusoria (sin importar las más absurdas pretensiones de una sociología positivista o de una psicología conductista)<sup>3</sup>.

Como lo subrayan las dos últimas citas, el insulto de mayor fuerza peyorativa en el actual clima académico es la etiqueta “positivista”. Este término se refiere a un movimiento filosófico iniciado en el siglo XIX y que, bajo el nombre adoptado por sus adherentes de la Viena de la preguerra –“positivismo lógico”– alcanzó su mayor influencia en el mundo angloparlante durante los decenios de 1950 y 1960. Durante la guerra de Vietnam, el positivismo llegó a identificarse con la Derecha política, porque algunos de los positivistas más influyentes de esa época apoyaron abiertamente la intervención estadounidense (aun cuando otros, como Bertrand Russell, fueron opositores bien conocidos tanto de la guerra como de la carrera armamentista nuclear). El positivismo no es

sino uno de los tantos análisis filosóficos que han apoyado y justificado el método científico que ascendió a un nivel prominente en la Europa de los siglos XVII y XVIII, un período conocido como la Ilustración. Este método científico, basado en la formulación de conclusiones a partir de la observación y la experimentación empíricas, suministró el aparato crítico para todo nuestro conocimiento posterior de los mundos físico y biológico, y ha sido el motor de las sociedades industrial y tecnológica que han emergido con el discurrir de este conocimiento. Cuando los postmodernistas y sus compañeros de viaje escriben despectivamente de las “ilusiones positivistas”, su objetivo real es la pretensión de los métodos empíricos de la ciencia de señalar el camino al conocimiento. Desde su punto de vista, el método científico no posee validez universal; este es justamente otro producto transitorio de una era que está ahora en rápida decadencia.

Para aquellos lectores que no han seguido durante los años recientes los debates dados en la academia sobre el estatus del conocimiento y de la ciencia, todo esto puede parecerles extraño, por decir lo menos. Pese a todo, la mayoría de la población educada de hoy atribuye la enorme explosión de conocimiento de los últimos trescientos años a los métodos de la ciencia empírica. Ésta ha liberado a nuestra cultura de los grilletes de la superstición, del misticismo y la charlatanería, y parece, por supuesto, todavía ser tomada sin cuestionamiento alguno por la mayoría de la gente inteligente del mundo en general. Infortunadamente, dentro de muchas escuelas de humanidades y ciencias sociales de hoy estos puntos de vista son raros y esporádicos. En consecuencia, es pertinente hacer una larga digresión del tema principal de este artículo para examinar el actual estatus del conocimiento científico. Si la perspectiva de moda es correcta, y la verdad y el conocimiento están realmente más allá de nuestro alcance, pues entonces podríamos perfectamente deshacernos por completo de

2 Ann Curthoys, “Unlocking the Academies: Responses and Strategies”, en *Meanjin*, 50, 2/3 (1991), p. 391.

3 Harry Oldmeadow, “The Past Disowned”, en *Quadrant* (marzo de 1992), p. 63.

la historia. El debate acerca de este asunto ha discurrido en no menos de tres foros distintos: el de la sociología de la ciencia, el de la filosofía del método científico y el del campo de la hermenéutica.

#### LA SOCIOLOGÍA DE LA CIENCIA

Una de las principales figuras responsables de los actuales niveles de incertidumbre respecto del conocimiento es el escritor estadounidense Thomas KUHN, cuyo muy influyente libro, *La estructura de las revoluciones científicas*<sup>4</sup>, se ha venido reimprimiendo continuamente desde que apareció por primera vez en 1962. Kuhn es responsable de la introducción del concepto de “paradigma” científico para proporcionar una explicación sociológica del modo como ocurren los cambios en las opiniones y en los métodos de las ciencias. Este término fue empleado por Kuhn en su relato acerca del modo como una estructura científica ampliamente aceptada es derribada y reemplazada por otra. Para ello distingue tres fases en la vida de cualquier cuerpo científico: la primera es la fase precientífica, en la que se llevan a cabo una serie de actividades sin estructuración ni coordinación. Si estas actividades son recogidas y organizadas por la que él llama una “comunidad científica”, resulta que ésta adhiere a un “paradigma”. Un paradigma está conformado por una variedad de técnicas, supuestos y teorías con los cuales los miembros de la comunidad trabajan en el desarrollo de su ciencia. Mientras trabajan dentro de la estructura del paradigma, ellos practican lo que Kuhn llamó ciencia normal, típica de la segunda etapa identificada por él. Esta ciencia normal se caracteriza por periodos de calma y desarrollo sostenido, dominados por una

serie de conceptos aceptados. La tercera fase se caracteriza por una crisis dentro de la ciencia, la cual produce un periodo de cambio radical cuando el paradigma dominante es desplazado por otro. Esto constituye un cambio de paradigma o una revolución científica. Los más conocidos ejemplos son el desplazamiento de la astronomía ptolemaica por la de Copérnico, y el reemplazo de la mecánica de Newton por la teoría de la relatividad de Einstein. Las crisis son recurrentes porque cualquier paradigma existente está casi siempre sujeto a anomalías, esto es, observaciones que son difíciles de explicar o de conciliar con la doctrina central. Al comienzo, estas anomalías podrían parecer marginales, pero gradualmente se acumulan hasta el punto en que la comunidad científica, eventualmente, pierde su fe en tal paradigma. Entonces es cuando se abre la puerta a una revolución científica que establecerá un nuevo paradigma capaz de explicar tanto el anterior cuerpo de datos como las inconsistencias que no pudo manejar el anterior paradigma. Un nuevo periodo de ciencia normal continúa entonces hasta que ésta nuevamente sufre su propia crisis y revolución.

La tesis de Kuhn es un radical desafío a las nociones familiares de ciencia, especialmente la idea de que nuestro conocimiento de la naturaleza se ha construido gradualmente a través del tiempo. Kuhn reemplazó la imagen de un modelo acumulativo y progresivo de crecimiento por un proceso discontinuo y revolucionario de cambio. Por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein no produjo ningún incremento nuevo de conocimiento a la verdad segura de la teoría gravitacional de Newton, sino que la desplazó por completo. Sin embargo, dado que las teorías de Einstein están condenadas a seguir el mismo destino, como lo estaría el paradigma de cualquier sucesor de Einstein, la tesis de Kuhn resulta comprometida con la negación de la posibilidad de cualquier conocimiento científico en el sentido normal de “conocimiento” que implique verdad y certi-

4 Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2 ed., Chicago, University of Chicago Press, 1970. Traducción española: *La estructura de las revoluciones científicas*, 13ª. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

dumbre. Kuhn evita hablar de “verdad” y “falsedad” en ciencia e insiste en que las creencias de los científicos están todas “relacionadas con un paradigma”, es decir, que ellas tienen sentido dentro de su propio ámbito intelectual, pero no en otros.

Kuhn también argumentó a favor de lo que llamó la *inconmensurabilidad* de las teorías científicas. Los nuevos paradigmas pueden tomar prestado parte del vocabulario y aparato del anterior, pero rara vez los usan de la misma manera. Paradigmas diferentes operan con diferentes conceptos, cambiando algunas veces el significado de viejos términos, y tienen diferentes estándares de pruebas aceptables, así como diferentes medios de teorizar acerca de su objeto de estudio.

Considere [...] los hombres que llamaron loco a Copérnico porque proclamó que la Tierra se movía. Ellos no estaban simplemente errados ni muy errados. Parte de lo que ellos entendían por Tierra era una posición fija. Su Tierra, al menos, no podía ser movida.

Por sobre todo, la tesis de Kuhn sobre la inconmensurabilidad argumenta que no hay medida común respecto de los méritos de teorías que compiten, pero tampoco hay algún acuerdo común respecto de lo que constituye un problema científico o una explicación científica satisfactoria. En consecuencia, no hay manera de jerarquizar las teorías científicas y por tanto no existen bases para argumentar que la ciencia es progresiva. En este sentido, Einstein no es superior a Newton, solamente diferente.

Kuhn insistió en que aunque un paradigma tiene que ser sustentado por pruebas incontrovertibles y argumentos a su favor, en realidad nunca es aceptado por razones puramente objetivas. Más bien, obtiene su aceptación por un consenso de opinión dentro de una comunidad científica que acuerda utilizarlo. Afirmó que el asunto no se decidía por argumentos puramente

lógicos, sino más como una conversión repentina o “cambio de figuración”. Los factores que impulsan a los científicos a cambiar su adhesión a paradigmas debían ser explicados en términos de los valores de los científicos y de las relaciones personales existentes dentro de una comunidad científica. De este modo, la selección de paradigma “nunca puede ser decidida inequívocamente solamente por lógica y experimentación”. Siguiendo a Kuhn, un grupo de sociólogos entró al campo para recoger lo que consideran las consecuencias más tentadoras de su posición: la idea de que lo que se cree en ciencia está determinado por las costumbres y las relaciones de poder prevalecientes dentro de una comunidad científica particular. Uno de estos sociólogos, David Bloor, ha llegado hasta el punto de sugerir que el contenido y la naturaleza de la ciencia pueden ser explicados a través de los métodos de la sociología del conocimiento, y que los científicos aceptan las leyes científicas principalmente por razones de justificación, legitimación y control.<sup>5</sup> Otro sociólogo, H. M. Collins, ha hecho una crítica radical del concepto de experimento científico. Todos los experimentos, afirmó, están sujetos al “retroceso del experimentador”. Este argumento sostiene que los experimentos no pueden ejecutar la función que los científicos les exigen, esto es, juzgar con independencia el éxito o el fracaso de teorías científicas en competencia. Esto se debe a que las teorías mismas determinan lo que cuenta como un experimento efectivo. De esta manera, de ningún experimento se puede obtener un criterio objetivo para separar el resultado del experimento de la teoría para cuya prueba él había sido diseñado. Después de entrevistar científicos respecto de sus razones para aceptar o rechazar resultados experimentales divulgados por otros científicos, Collins concluyó que ellos eran fuertemente influenciados por

5 David Bloor, *Knowledge and Social Imagery*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1976.

cosas tales como el tamaño y prestigio de la universidad donde había sido realizado el experimento, la personalidad, nacionalidad y reputación del científico, si el experimento había sido realizado en una universidad o en una industria, y la forma en que los resultados eran presentados. “No es la regularidad del mundo lo que se impone sobre nuestros sentidos”, escribió Collins, sino “la regularidad de nuestra creencia institucionalizada la que se impone sobre el mundo”.<sup>6</sup>

Muchas de las conclusiones de Kuhn y de sus seguidores tienen paralelos en la teoría radical francesa. En particular, la versión de la historia de las ideas de Michel Foucault se relaciona estrechamente con los conceptos de Kuhn. La noción de “paradigma” de Kuhn es el modelo, más incluyente pero semejante, del *episteme* de Foucault. El argumento de Kuhn de que la costumbre consensuada y el poder determinan lo que es aceptado como verdad científica es casi idéntico al enunciado de Foucault de que la verdad es establecida por los grupos de poder intelectual. De hecho, es altamente probable que tal como construyó sus tesis sobre las instituciones, prestando sin reconocimiento las ideas del sociólogo estadounidense Erving Goffman, Foucault hizo algo muy similar con el libro de Kuhn para producir su historia de las ideas. Cualquiera haya sido el caso, sin embargo, es claro que el trabajo de Kuhn, y su posterior popularidad entre los sociólogos y sus estudiantes, ayudó a allanar el camino para la aceptación del radicalismo francés y para la mofa predominante de las pretensiones de los historiadores, o alguien más, de estar buscando la verdad y produciendo conocimiento.

## LA FILOSOFÍA

### DEL MÉTODO CIENTÍFICO

Al mismo tiempo que el análisis esencialmente sociológico de Kuhn era realizado, la filosofía del método científico había llegado por otra ruta a un conjunto similar de conclusiones. Al comienzo de la década de 1960, el filósofo asentado en Inglaterra pero vienes de nacimiento Karl POPPER era ampliamente reconocido como quien había resuelto uno de los más complicados problemas de la filosofía: la justificación del método científico empírico. Popper diseñó —y entre los decenios de 1930 a 1980 fue su más ferviente defensor— el principio de “falsabilidad”. Controvirtió el punto de vista aceptado por la mayoría de los científicos de que la prueba empírica era utilizada para verificar teorías científicas. El método científico tradicional de inducción había sostenido, desde los escritos de Francis Bacon, a comienzos del siglo XVII, que nosotros obtenemos conocimiento científico mediante la generalización a partir de nuestras observaciones. Popper, sin embargo, sostuvo que el papel propio de la prueba era falsear las conjeturas científicas. Así, en lugar de la tradicional opinión según la cual la teoría científica era *verificable* por la observación, Popper alegó que una teoría científica es aquella que es *falsable*. Las teorías no serían entonces la clase de cosas que pueden ser establecidas como definitivamente verdaderas a la luz de la observación o experimentación, sino, más bien, especulaciones, suposiciones o conjeturas acerca de algún aspecto del mundo o del cosmos. El papel de la observación y de la experimentación es probar rigurosamente estas conjeturas teóricas y eliminar aquellas que sucumben ante las pruebas que les son aplicadas. La ciencia avanza por ensayo y error, mediante la observación y la experimentación, eliminando progresivamente teorías falsas, de tal manera que solamente sobreviven las más adecuadas. Como el título de uno de los libros más conocidos de Popper lo describe, el método científico es un proce-

6 H. M. Collins, *Changing Order: Replication and Induction in Scientific Practice*, Londres, Sage, 1985, p. 148.

so de “conjeturas y refutaciones”<sup>7</sup> en el cual aprendemos no por nuestra experiencia sino por nuestros errores.

La falsabilidad pareció resolver una cantidad de problemas filosóficos que rodeaban al método científico de la inducción, en el cual la prueba científica viene primero y la teoría después. Un filósofo escocés del siglo XVIII, David Hume, ya había criticado el método de inducción y lo había considerado fatalmente defectuoso. Los argumentos inductivos, argumentó Hume, son lógicamente inválidos. En contra del método científico tradicional que sostenía que después de repetidas observaciones según las cuales A es igual a B, y ninguna observación favorable a lo contrario, uno puede justificadamente decir que todos los A son B. Hume argumentó que tales argumentos inductivos eran inválidos porque siempre queda abierta la posibilidad de que la próxima A encontrada no fuese una B. Dado el impresionante éxito de que disfrutaban la ciencia y la tecnología en los siglos XVIII y XIX, el argumento de Hume fue ignorado totalmente por la mayoría de los filósofos. Sin embargo, en el siglo XX, cuando algunas de las antiguas certezas, especialmente las de la física de Newton, fueron derrumbadas, una nueva generación encabezada por Popper recordó que Hume había tenido la razón desde el principio. Popper aceptó que argumentos universales, tales como el de que todas las A son B, son indemostrables. Sin embargo, añadió que ellos se mantienen en principio refutables. Si llegamos a encontrar una A que no es una B, entonces podemos

estar seguros de que la teoría de que todas las A son B es falsa. Afirmó entonces que la señal misma de una teoría científica es que puede ser refutada por la experiencia, y cuanto más refutable sea en comparación con sus rivales, mejor será que aquellas.

La falsabilidad también pareció esquivar otra crítica hecha a la inducción: la de que la observación depende de la teoría. La inducción científica asume que las observaciones del mundo que sirven para la construcción de una teoría científica son por sí mismas objetivas y teóricamente neutrales. Sin embargo, los críticos han contraatacado diciendo que cierta clase de teoría tiene que preceder todo reporte de observación. Uno de los antiguos estudiantes de Popper, Alan Chalmers, filósofo de Sydney, ha declarado: “los reportes de observaciones tienen que hacerse en el lenguaje de alguna teoría, por vaga que ella sea”. Así como algunos ejemplos científicos, Chalmers cita este caso de sentido común: “¡Cuidado, el viento está empujando el coche del bebé al acantilado!”, y dice que aún aquí se presupone mucha teoría de bajo nivel. “Se implica que existe tal cosa como el viento, el cual tiene la propiedad de ser capaz de causar el movimiento de objetos tales como coches que encuentra en su camino”<sup>8</sup>. La falsabilidad evita tal crítica porque admite libremente que la observación es guiada por la teoría, y la presupone. La meta de la falsación es empezar no con la observación sino con las teorías mismas.

El enfoque de Popper, entonces, parecía tener capacidad suficiente como para ser recomendado. Abandonaba la afirmación lógicamente problemática de que el experimento exitoso contaba para la aceptación de la teoría, y al contrario, argumentaba que la prueba solamente contaba en contra de una teoría. Por ejemplo, el argumento “en

7 Kart Popper, *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*, 1963 (traducción española: *Conjeturas y refutaciones*, Madrid, Paidós Ibérica S.A., 1994). Popper también publicó en 1959, en Londres, una de las mayores obras sobre este tema: *The Logic of Scientific Discovery*. La traducción castellana, debida a Víctor Sánchez de Zavala, fue publicada en Madrid por Tecnos (1962, 1967, 1971) bajo el título de *La lógica de la investigación científica*.

8 Alan Chalmers, *What Is This Thing Called Science?* 2 ed., St Lucia, University of Queensland Press, 1982, p. 28.



Australia se observó un cisne negro; en consecuencia, no todos los cisnes son blancos”, es una deducción lógicamente válida. La falsación de un enunciado universal puede ser demostrada por un enunciado singular apropiado. Además, el criterio de falsabilidad tenía la ventaja adicional de identificar fácilmente ciertos tipos de enunciados como no científicos. Por ejemplo, un enunciado lógicamente necesario tal como “un padre es un progenitor masculino” no es una aseveración científica, puesto que es verdadera solamente en virtud del término usado y es, por tanto, infalsable. Del mismo modo, muchos enunciados provenientes de la religión, del misticismo o de la metafísica podrían clasificarse como no científicos por la ausencia de pruebas que pudieran ser aplicadas para falsarlos. Por tanto, el argumento de Popper parecía tener tres ventajas: resolvía el problema de la inducción, era un enfoque empírico y no metafísico, y defendía la ciencia. Por estas razones, el falsacionismo se hizo ampliamente popular, tanto entre los filósofos como entre los científicos durante el decenio de 1960.

El falsacionismo obtuvo tal aceptación pese al hecho de que agregaba un fuerte elemento de incertidumbre a la noción de ciencia. Afirmaba que una teoría científica es válida mientras no sea refutada, y que la ciencia avanza mediante un proceso de eliminación. Sin embargo, Popper admitió que sin importar en cuántas búsquedas se fracasara para encontrar un caso negativo que falsara una teoría, eso no era una razón para creer que una teoría había sido establecida definitivamente. Según el principio de falsabilidad ninguna teoría científica puede ser definitiva nunca. Seguirá siendo siempre una conjetura o una hipótesis. Por tanto, nunca podemos tener suficientes razones para obtener de la ciencia algo tan concreto como “conocimiento”, en el sentido usual de la palabra. Podemos tener buenas teorías (las que son falsables pero aún no han sido falsadas) y malas teorías (las que han sido falsadas o que son infalsables), pero nada más definitivo que esto. En

el decenio de 1990, científicos sociales tales como Anthony Giddens todavía citaban el trabajo temprano de Popper como la base de su creencia de que nada puede ser probado y que nada es cierto.

Pese a su amplia aceptación, la teoría de Popper estuvo sujeta a algunas críticas agudas desde el comienzo. Thomas Kuhn alegó que el enfoque diseñado por Popper para reemplazar la teoría de la verificación resultó diferenciándose poco de ésta. Todas las teorías científicas están acompañadas por anomalías que ellas tienen dificultad para explicar, señaló Kuhn. Estas rara vez son consideradas falsaciones, sino que son, más bien, vistas como “las insuficiencias e imperfecciones de la adecuación existente entre datos y teoría que, en cualquier momento, define muchos de los enigmas que caracterizan la ciencia normal”. Si estas observaciones anómalas son consideradas tan poderosas como para derribar una teoría existente, ellas actúan como algo que podría perfectamente “ser llamado verificación” para el paradigma que recién ha emergido en el campo. Kuhn dijo que dudaba de que la absoluta falsación hubiera existido. Otros críticos señalaron que Popper no había eliminado las dificultades más importantes inherentes al proceso de observación. Las observaciones que refutan las teorías no tienen un mayor nivel de confiabilidad que aquellas que las confirmaban. Los científicos, además, rechazarán con frecuencia una observación aparentemente falsadora con el fin de retener una teoría. Por ejemplo, los seguidores de la teoría de Copérnico de que los planetas giran alrededor del Sol encontraron difícil explicar observaciones a simple vista de que el tamaño aparente de Venus no cambiaba a lo largo del año, como la teoría decía que lo haría, y aún así permanecieron leales a la teoría. Si hubieran seguido a Popper, hubieran tenido que aceptar que esta observación significa una falsación de la teoría de que los planetas giran alrededor del sol. Transcurrieron otros setenta años antes de que se desarrollara una mejor tecnología

para la observación que mostrase que el tamaño aparente de Venus sí cambiaba, y que Copérnico estaba en lo correcto.

El seguidor más influyente de Popper fue el filósofo húngaro Imre LAKATOS, quien lo sucedió en el puesto de profesor de lógica y método científico en la Universidad de Londres. Aunque sometió a crítica una serie de aspectos de la forma en que Popper había formulado su tesis de la falsación, Lakatos trató de mejorar la doctrina y superar las objeciones a la misma. Lakatos también fue un crítico de Kuhn, pero sin embargo adoptó algunos elementos del enfoque sociológico en su trabajo. Lakatos alegó que ninguna descripción de ciencia puede ser limitada a enunciados de leyes u observaciones individuales. Añadió que las simples falsaciones son rara vez fatales para una teoría científica. El empeño científico tiene que ser considerado como un “programa de investigación”. Este es una estructura o marco que orienta las investigaciones futuras, de manera similar al “paradigma” de Kuhn. Un programa de investigación tiene un núcleo principal de hipótesis teóricas generales de donde puede desarrollarse la futura investigación del programa. Por ejemplo, las hipótesis del núcleo principal de la astronomía de Copérnico son que el Sol es el centro del sistema solar, que permanece estático mientras la Tierra y los otros planetas orbitan alrededor de él, y que la Tierra rota alrededor de su eje una vez al día. En las primeras etapas de un programa de investigación, dijo Lakatos, pueden existir muchas observaciones que parecen falsar su núcleo, pero el programa no debería ser rechazado solamente en virtud de éstas. Éste necesita tiempo, tanto para desarrollar su potencial como para ver si puede responder o superar lo que inicialmente parecen importantes obstáculos. En el caso del programa de investigación de Copérnico, tuvo que esperar desarrollos tecnológicos tales como la invención del telescopio y desarrollos teóricos en campos afines, como las teorías de la gravitación y del movimiento de Newton, antes

de que pudiera ser apropiadamente juzgado. Un buen programa de investigación, según Lakatos, es aquel que tiene un alto grado de coherencia, que tiene el potencial para inspirar una gran cantidad de investigación futura, y que hace predicciones originales que eventualmente son confirmadas. Lakatos reemplazó la falsación mediante la observación por el contraste entre un programa de investigación en desarrollo y uno que está en decadencia. Más que falsado, un programa de investigación es decadente cuando ya no es capaz de hacer predicciones originales, en comparación con un rival más progresivo. Esta es la razón por la cual la vieja astronomía ptolemaica, que sostenía que la Tierra era estacionaria en el centro del universo, mientras que las estrellas y planetas la circundaban, fue desplazada por la teoría de Copérnico<sup>9</sup>.

Aunque esto le restó importancia al concepto de falsación y le dio mayor peso a la confirmación, la reformulación de Lakatos dejó a la ciencia el mismo grado de incertidumbre epistemológica que la explicación de Popper. ¿Cómo puede saberse cuándo un programa de investigación se ha deteriorado lo suficiente como para que los supuestos de su núcleo principal sean en realidad refutados? ¿Cómo puede saberse que un programa de investigación se quedó sin capacidad de hacer predicciones originales? ¿Cómo se puede estar seguro de que un nuevo programa de investigación rival tiene potencial a largo plazo y no es simplemente algo que tiene un éxito repentino pero que no se repetirá? Lakatos tuvo que admitir que estas preguntas podían resolverse solamente en retrospectiva, y que mientras tanto prevalece un alto grado de incertidumbre. Es siempre posible que un programa de investigación agotado pueda ser revivido, como ha ocurrido muchas veces en

9 Imre Lakatos, “Falsificationism and the Methodology of Scientific Research Programs”, en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and The Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

la ciencia cuando repentinamente se encontró que los supuestos de viejas y anticuadas teorías contenían las respuestas a nuevas preguntas. Si esto es verdad, no puede en principio decirse nunca de un programa de investigación que esté muerto y enterrado, y ningún rival puede ciertamente reclamar el campo para sí. Siguiendo a Lakatos, la ciencia aún pisaba sobre arenas movedizas.

#### DEL RELATIVISMO AL ABSURDO

De acuerdo con Thomas Kuhn, los criterios utilizados para juzgar si una teoría científica es superior a sus rivales son aquellos a los que los científicos mismos les conceden mayor valor: cómo se adecúa ella a los hechos, cómo hace las mejores predicciones, cómo tiene la habilidad para solucionar más problemas; y también su atractivo estético, esto es, su simplicidad y pulcritud. Kuhn agregó que “la importancia de las consideraciones estéticas es, con frecuencia, decisiva”:

Aunque ellas frecuentemente atraen solamente a unos pocos científicos a una nueva teoría, es de estos pocos de los que puede depender su triunfo definitivo. Si ellos no la hubieran aceptando con rapidez, por razones altamente individuales, la nueva candidata a paradigma podría no haber sido nunca suficientemente desarrollada como para atraer la adhesión de la comunidad científica como un todo.

En otras palabras, el sistema de valores y gustos de la comunidad científica es un factor decisivo. Kuhn es bastante específico respecto de esto: “Tal como sucede con las revoluciones políticas, en la escogencia de paradigmas científicos no hay estándar superior a la sanción de la comunidad pertinente”. Cada científico adhiere a un nuevo paradigma por más de una razón, y usualmente por varias al mismo tiempo. Aún la nacionalidad y la reputación previa del innovador, tanto como la fama de sus profesores, pueden algunas veces jugar un papel significativo.

Dado que Kuhn reconoce que los valores y estándares que prevalecen dentro de una comunidad científica varían considerablemente, dependiendo de los antecedentes culturales e históricos del momento, esto significa que en su planteamiento no puede haber un estándar universal por el cual se pueda juzgar una teoría científica. En otras palabras, la de Kuhn es una posición relativista: una teoría científica de éxito es aquella que es así juzgada por sus pares, en relación a sus propios valores, cultura y gustos. Es este un punto que Lakatos usó para hacer una mordaz crítica de Kuhn, diciendo que la posición relativista, en la cual no hay estándar superior al de la comunidad pertinente, no permite en modo alguno juzgar aquel estándar. Si lo que cuenta es la cantidad, la fe y la energía persuasiva de sus seguidores, entonces la verdad se encuentra en el poder, la aceptación del cambio no es mejor que la “psicología de masas”, y el progreso científico es solamente un “efecto de seguir la corriente”. Sin una guía independiente o racional para juzgar las teorías, la aceptación de nuevas teorías no era mejor que una conversión religiosa.

Aunque el mismo Kuhn intentó rechazar el cargo de relativismo, hay pocas dudas en la percepción de los recientes comentaristas de su tesis no solamente en cuanto a que el cargo es correcto, sino en cuanto a que Lakatos mismo, a través de los elementos sociológicos utilizados en su tesis sobre programas de investigación, se encuentra en la misma posición. Uno de los autores de esta observación es Paul FEYERABEND, un antiguo estudiante vienés de Popper y Lakatos, quien desarrolló la mayor parte de su carrera académica como profesor de filosofía en la Universidad de California en Berkeley. Feyerabend empujó el debate, desde la sociología de la ciencia, hasta sus últimas consecuencias. Arguyó que la historia de la investigación científica es, por sí misma, un testimonio en contra de la validez universal de cualquier regla para juzgar la corrección de una teoría científica. Puesto que no hay,

ni ha habido nunca, tales reglas universales, Feyerabend afirmó que las tesis de Kuhn respecto de los paradigmas y las tesis de Lakatos sobre los programas de investigación comparten el mismo estatus relativista<sup>10</sup>.

Feyerabend ha tomado la noción de inconmensurabilidad de las teorías científicas de Kuhn, y la ha usado para sostener algunas conclusiones extraordinarias. Las teorías científicas rivales pueden ser tan diferentes una de otra, sostiene Feyerabend, que los conceptos básicos de una no pueden ser expresados en términos de la otra, y que lo que constituye una observación en una no lo es en la otra. Ofrece el ejemplo de la mecánica clásica y la teoría de la relatividad: en la mecánica clásica, los objetos físicos tienen forma, masa y volumen. En la relatividad, no existen las propiedades de forma, masa y volumen. Esto significa, según Feyerabend, que una observación sobre los objetos físicos en la mecánica clásica tiene un significado diferente de una observación en la teoría relativista. “El nuevo sistema conceptual que surge de este modo (dentro de la teoría relativista), no solamente *niega* la existencia del estado de cosas clásico, sino que ni siquiera permite *formular enunciados* que expresen tales estados de cosas. Dicho sistema conceptual no comparte, y no puede compartir, ni un solo enunciado con su predecesor”<sup>11</sup>. Dado el grado de inconmensurabilidad que Feyerabend ve entre estas dos teorías y otras cuantas que comparó, él concluyó que no hay criterios “racionales” u “objetivos” para escoger entre dos teorías rivales. La escogencia de teorías es esencialmente subjetiva. Está fuertemente in-



fluenciada por la propaganda y es hecha con base en “juicios estéticos, cuestiones de gusto, prejuicios metafísicos, necesidades religiosas, y nuestros deseos subjetivos”. Por tanto, afirma, una manera más justa de decidir los méritos de las teorías científicas sería someterlas a votación.

Feyerabend aplicó el principio de inconmensurabilidad no solamente a las teorías científicas rivales sino también a la totalidad de la ciencia misma, en comparación con otros campos que pretenden comprender el mundo. Dado que estos también son inconmensurables, sostuvo que no puede existir argumento que privilegie a las ciencias sobre los otros modos de comprensión. Comparando la ciencia con la astrología y el vudú, sostuvo que no existe un criterio general que conceda al conocimiento científico prioridad sobre ellos. De esta suerte, llegó a afirmar que no es correcto enseñar ciencia a los niños escolares como si ésta tuviese el monopolio de la sabiduría. Los modos no científicos de ver el mundo merecían el mismo tipo de atención. El dominio que la ideología de la ciencia tiene en la política gubernamental

10 Paul Feyerabend, *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*, London, New Left Books, 1975. Traducción española de Diego Ribes: *Tratado contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid: Tecnos, 1986. La obra fue dedicada a Imre Lakatos, “amigo y camarada anarquista”.

11 Feyerabend, Op. Cit, 1986, p. 271.

merecía ser quebrado, dijo, de la misma manera que los pedagogos seculares del último siglo rompieron el vínculo entre la iglesia y el estado. Con ello se allanaría el terreno para que otros enfoques, tales como la magia, fueran enseñados en vez de la ciencia. “Así, mientras que un estadounidense puede elegir hoy la religión que prefiera, todavía no le está permitido exigir que sus hijos aprendan en la escuela magia en lugar de ciencia. Existe una separación entre el estado y la iglesia, pero no la hay entre estado y ciencia”. En la perspectiva de Feyerabend, la ciencia debería ser estudiada no como una sagrada escritura, sino como un fenómeno histórico, “junto con otros cuentos de hadas tales como los mitos de las sociedades primitivas”. En consistencia con esta línea, Feyerabend ha defendido a los fundamentalistas cristianos que pretenden que en las escuelas estadounidenses se enseñe la versión bíblica de la creación junto a la teoría de la evolución de Darwin<sup>12</sup>.

Para muchos lectores, los epigramas deliberadamente extravagantes y llamativos de Feyerabend podrían parecer situarlo en una categoría diferente a la de los otros tres autores que han sido reseñados hasta aquí. Efectivamente, en términos de reputación, su posición abiertamente irracionalista y anarquista es percibida por la mayoría de los científicos y filósofos como muy diferente a la de Kuhn, Popper y Lakatos. En los últimos treinta años, se ha considerado que estos tres últimos han ofrecido la exposición más plausible de la actividad científica hoy disponible. Sin embargo, por lo expuesto anteriormente ya debería ser evidente que las opiniones de Feyerabend parten de los puntos centrales de la tesis de Kuhn. El mismo Feyerabend sostuvo persuasivamente que la filosofía de la ciencia de Lakatos difería de la suya solamente en las palabras pero no en la sustancia. Kuhn hizo un esfuerzo parecido

para mostrar la gran afinidad entre sus propias ideas y las de Popper<sup>13</sup>. Escritores posteriores que se han ocupado de este debate, tales como el filósofo australiano Alan Chalmers, cuyo libro *¿Qué es esta cosa llamada ciencia?* se ha convertido en un comentario de mucho éxito, están de acuerdo en que las opiniones de Feyerabend son una conclusión lógica de las premisas establecidas por los otros tres. Consideremos algunas de las implicaciones de esto.

Lo que estamos examinando es una escuela de pensamiento —un paradigma si les parece, por derecho propio— que contiene una cantidad de conclusiones implícitas que son absurdas, y que ninguna persona racional debería aceptar. Puesto que considera que el conocimiento no es acumulativo, esta escuela está obligada a negar que se haya producido un incremento en el conocimiento desde el siglo XVI. La idea de que la Tierra es plana y que las estrellas y los planetas circundan en el cielo encima de ella, no debería considerarse errónea o falsa, sino más bien como un conjunto de enunciados de un paradigma más antiguo que es inconmensurable con el que posteriormente establecieron Copérnico, Kepler y Galileo. Además, estos tres científicos no probaron realmente que la Tierra y los otros planetas giran alrededor del Sol, puesto que nada puede ser probado definitivamente. Simplemente convencieron a mucha gente, por los siguientes trescientos años, y en gran medida por razones estéticas y subjetivas, de que su propio paradigma merecía ser aceptado. Y, por supuesto, la teoría de la relatividad de Einstein tampoco significó un avance con relación a la anterior posición, fue simplemente diferente. Del mismo modo, la historia de que el mundo fue hecho por Dios en siete

12 “The Worst Enemy of Science”, en *Scientific American* (May 1993), pp. 16-17.

13 Thomas Kuhn, “Logic of Discovery or Psychology of Research” y “Reflections on my Critics” en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.), *Criticism and The Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.

días, que apenas tiene una antigüedad de 4.500 años, y que los fósiles de las criaturas marinas extinguidas hace tiempos, encontradas incrustadas en los picos de las montañas, no son más que remanentes del gran diluvio bíblico de 40 días, no es errada, sino simplemente un conjunto de enunciados que son inconmensurables respecto de posteriores paradigmas. Algunos de nosotros podríamos creer que la Tierra tiene millardos, más bien que miles de años, pero nuestras razones para creer esto no son superiores a las de los fundamentalistas religiosos. De modo similar, astrólogos, adivinadores y curanderos no serían personas desorientadas o deshonestas, sino solamente diferentes. En efecto, Paul Feyerabend defendería los derechos de quienes quisieran enseñar estas creencias a sus hijos en la escuela.

Pero seguramente alguien podría objetar que si las teorías de Karl Popper han sido tan ampliamente aceptadas por tan eminente grupo de científicos —Popper registró en su autobiografía que conoció a Albert Einstein y a Niels Bohr en Princeton en los años 1950, y anotó que éstos habían estado en general de acuerdo con sus opiniones<sup>14</sup>—, no es posible que estuviese en el mismo grupo con el anarquista Feyerabend. ¿Es posible que Popper, quien repetidamente negó cualquier conexión con el subjetivismo y con el relativismo, no esté comprometido con una forma de escepticismo tan profunda que no pueda proveernos unas bases racionales para situar la ciencia por encima de la magia y del vudú? Para responder a estas objeciones, permítanme traer a colación una discusión de las tesis de Popper sobre el estatus de la observación y del conocimiento en el campo de la historia.

En *Conjeturas y refutaciones*, pre-

cisamente después de su crítica a la metodología de inducción de Francis Bacon, Popper vuelve al tema de cómo es que nosotros aprendemos acerca de lo que aconteció en la sociedad. Sostuvo que si tratamos de establecer la veracidad de una observación de un evento en la sociedad, nos vemos presionados a formular preguntas que inevitablemente conducen a otras en una secuencia que nunca terminaría. Llama a esta secuencia una “regresión infinita”. Ofrece el ejemplo de un enunciado aparentemente inocuo de un periódico: “El primer ministro ha decidido regresar a Londres varios días antes de lo programado”. ¿Cómo saber que este enunciado es verdadero?, pregunta. Uno puede responder que lo leyó en *The Times*. Popper dice que a esto le seguirían dos preguntas: primera: ¿Cómo estar seguro que fue en *The Times* y no en algún otro periódico impostor de *The Times*? Segunda: ¿cómo estar seguros de que el periódico obtuvo la información correcta? Si ignoramos la primera dosis de escepticismo y pasamos a la segunda pista, uno podría abordar al editor de *The Times*, quien podría confirmar que el periódico recibió una llamada telefónica de la oficina del primer ministro. Uno podría entonces hablar con el reportero que recibió la llamada y preguntarle cómo podía él estar seguro de que la llamada era auténtica y que la voz realmente provenía de la oficina del primer ministro. Popper sostuvo entonces que para cada respuesta dada uno podría siempre formular otra pregunta:

Hay una simple razón por la que esta tediosa secuencia de preguntas nunca llegará a una conclusión satisfactoria. Es esta: cada testigo siempre tiene que hacer amplio uso, en su informe, de su conocimiento de personas, lugares, cosas, usos lingüísticos, convenciones sociales, etc. No puede confiar únicamente en sus ojos u oídos, especialmente si su reporte va a usarse como justificación de una aseveración digna de ser justificada. Pero este hecho siempre tiene, por

14 Karl Popper, *Unended Quest: An Intellectual Autobiography*, London, Flamingo ed., Fontana Books, 1986, pp. 128-132 (traducción castellana: *Búsqueda sin término: una autobiografía intelectual*, Madrid. Alianza Editorial, 2002).

supuesto, que generar nuevas preguntas en cuanto a las fuentes de aquellos elementos que no son inmediatamente observacionales. Esta es la razón por la que el programa de hacer remontar todo conocimiento a su última fuente en observación es lógicamente imposible de llevar a cabo: llevaría a una regresión infinita<sup>15</sup>.

En el estudio del pasado, este proceso completo es aún más difícil, continúa Popper, porque normalmente carecemos de testigos de los eventos que suponemos que ocurrieron. Los historiadores dependen de los documentos y han aprendido que éstos nunca pueden ser aceptados sin crítica. Existen “problemas de su autenticidad, problemas relativos a sus sesgos, y también problemas tales como la reconstrucción de fuentes previas”. Aun aquellos documentos que pretenden ser los informes de los testigos mismos, no obstante, siempre dejan margen para la duda. Como la mayoría de los abogados sabe, dice, los testigos a veces yerran. Aún aquellos más deseosos de ser precisos son propensos a “veintenas de errores”, especialmente si el testigo estaba excitado en el momento o influenciado por alguna tentadora interpretación precisamente después del evento. Aun en el caso de lo que la mayoría de la gente consideraría un evento histórico extremadamente familiar —usa el ejemplo del asesinato de Julio César en el Senado Romano—, las observaciones disponibles tales como las declaraciones de testigos y espectadores del evento, y el unánime testimonio de anteriores historiadores, son insuficientes para evitar la infinita regresión. Por tanto, concluye Popper, aquellos que creen que las fuentes históricas pueden ser usadas para producir conocimiento están totalmente equivocados. Lo que llamó “las preguntas del empirista”, por ejemplo ¿cómo lo sabe?, ¿cuál es la fuente de su aseveración?,

no serían más que preguntas “totalmente mal concebidas”.

Se trata de un argumento tan extraño, como todo lo que proviene de Feysabend. No solamente rechaza en principio la idea de que los historiadores pueden alguna vez producir conocimiento, sino que está obligado a ser profundamente escéptico respecto de nuestra habilidad para conocer algo acerca de lo que acontece en la sociedad en cualquier tiempo. Tomemos, por ejemplo, el caso de Popper respecto del asesinato de Julio César y actualicémoslo de los *Idus* de marzo de 44 a. C. al 22 de noviembre de 1963, y apliquemos su misma lógica al asesinato de John F. Kennedy. De acuerdo con Popper, cualquier testigo de aquellos disparos tiene que ser considerado como no confiable porque, como los abogados saben, los testigos a veces perciben las cosas erróneamente. Toda la cinta fílmica del suceso tiene que estar tan sujeta a la “regresión infinita”, al igual que su ejemplo del informe de *The Times* acerca del regreso del primer ministro a Londres. Nunca podríamos finalmente establecer que alguna parte del filme fuese auténtica. Tampoco podríamos confiar en ninguno de los periodistas que escribieron que ellos mismos vieron a Kennedy ser asesinado. Ellos podrían haber estado sobreexcitados en el momento o haber sido inducidos a interpretaciones precipitadas por posteriores eventos tales como la subsiguiente asunción al poder de Lyndon Johnson o el emotivo funeral del supuestamente fallecido presidente. Esta duda puede extenderse incluso a los testimonios de Mrs. Jackie Kennedy, quien sostenía en sus brazos a su moribundo marido, del gobernador John Connally, quien recibió un disparo al mismo tiempo, y de los médicos que examinaron el cuerpo del presidente y lo declararon muerto. De acuerdo con la teoría de Popper, todos estos datos no son más que simples “observaciones” y, como tales, son bases insuficientes para producir el conocimiento de que tal asesinato tuvo lugar. Seamos claros acerca de esto. La posición de Popper lo obliga a dudar no solamente de

15 Kart Popper, *Conjectures and Refutations*, 1963, Op. Cit., pp. 22-23.

que Kennedy haya sido asesinado por Lee Harvey Oswald, o de que hubiera recibido un disparo de uno o más tiradores, sino hasta de que efectivamente haya sido asesinado.

Este es el mismo hombre, y el mismo libro, en el que prominentes científicos sociales de la década de 1990 se han apoyado para proclamar que nada en nuestra comprensión de los mundos social o natural puede ser cierto. Sin embargo, si su conclusión es tan absurda, surgen dos preguntas: primera: puesto que el argumento obviamente se ha equivocado en alguna parte, ¿dónde ocurrió realmente?; segunda: ¿cómo pudo tal sinsentido haber sido tomado seriamente por tanto tiempo, es decir, qué es lo que lo ha hecho plausible? La siguiente sección examina estos asuntos.

#### LA LÓGICA DEL ESCEPTICISMO CIENTÍFICO

El más agudo crítico de la posición Popper-Kuhn-Lakatos-Feyerabend es el filósofo australiano David STOVE. En su libro titulado *Popper and After: Four Modern Irrationalists* (1982), introdujo un devastador análisis tanto de las razones de la equivocación de aquellos como de los motivos por los que para tantos fue tan difícil reconocerla. Como señalé anteriormente, el punto de partida de Popper, Lakatos y Feyerabend fue la filosofía de la ciencia, mientras que para Kuhn fue la sociología de la historia de la ciencia. Tal como el campo de la filosofía de la ciencia fue tradicionalmente concebido, éste atañía a las relaciones lógicas entre los enunciados científicos, esto es, qué podría y qué no podría ser legítimamente transmitido de un enunciado a otro. De otra parte, la sociología de la ciencia tiene que ver con la práctica científica, con lo que los científicos hacen y con lo que se representan. Los dos campos son áreas diferentes de investigación. La filosofía de la ciencia es prescriptiva en cuanto se propone establecer las relaciones que deben existir entre los enunciados. La sociología de la ciencia es descriptiva, en tanto

que es simplemente un relato de la actividad científica, sin tener en cuenta el grado de lógica que impera en su interior.

David Stove ha mostrado que uno de los problemas centrales en el debate reciente es la combinación de los dos campos. Los filósofos Popper, Lakatos y Feyerabend obtuvieron de la historia de la ciencia los argumentos para sus representaciones. Esto sería aceptable si los hubieran utilizado simplemente para ofrecer ejemplos de enunciados cuya lógica estuvieran examinando. Sin embargo, una y otra vez Stove mostró que ellos *parecían* estar haciendo enunciados lógicos acerca de las relaciones entre proposiciones científicas, aunque *realmente* estaban haciendo enunciados respecto de lo que los científicos creían o aceptaban, es decir, ellos estaban usando los últimos como si fueran ejemplos de los anteriores. Hay un constante y sutil salto de un tipo de enunciado por el otro. Su escepticismo radical derivaba de su intento de resolver preguntas de valor lógico apelando a cuestiones de hecho histórico.

Uno de los problemas que por mucho tiempo se ha reconocido a la filosofía de la ciencia de Popper es el asunto central sobre el cual descansa: la noción de falsación. Con frecuencia es muy difícil decir si una teoría ha sido realmente falsada por una observación. En el caso de la proposición “todos los cisnes son blancos”, la observación de un cisne negro es suficiente para contarla como una falsación. Pero en el ejemplo de la teoría del movimiento planetario de Copérnico, durante setenta años y hasta la invención del telescopio, la simple observación de que Venus parecía no haber cambiado de tamaño fue tomada como la demostración de que la teoría no podía ser verdadera. La pregunta de quien debe juzgar si una teoría científica ha sido falsada es, en la práctica, naturalmente asignada a los científicos. Es esto lo que defiende Popper. En *La Lógica de la investigación científica* escribió que usualmente “un físico es perfectamente capaz de decidir” cuándo considerar una hipótesis como “prác-



ticamente falsada”; “el físico sabe perfectamente bien cuándo considerar como falsada una suposición de probabilidad”, y “nosotros sin duda abandonaremos nuestro juicio [de probabilidad] en la práctica y la consideraremos como falsada”<sup>16</sup>. Ahora, en la teoría de que todos los cisnes son blancos, el descubrimiento de un cisne que no lo es falsa la teoría, esto es, la refuta como una cuestión de lógica. No importa qué tantos o qué pocos científicos reconozcan esta lógica, la inconsistencia lógica se mantiene. Pero en los anteriores ejemplos de Popper, la falsación es una cuestión del juicio de los científicos, no de lógica. Los físicos “deciden” cuando una suposición ha sido falsada; “consideran” las apreciaciones como falsadas. Stove usa estos ejemplos para argumentar que Popper está involucrado en un proceso de “inserción epistémico”, por el cual pretende cambiar el estatus lógico de una palabra o de un enunciado insertándolos en un contexto sociológico.

Ellos usan una expresión lógica, que implica inconsistencia, pero no implican de ninguna manera la inconsistencia de algunas proposiciones. Son simplemente verdades contingentes acerca de los científicos. Sin embargo, al mismo tiempo existe una sugerencia de que no solamente se está haciendo un enunciado lógico que implica inconsistencia, sino que se está haciendo un enunciado con el cual ninguna persona racional estaría en desacuerdo<sup>17</sup>.

Todos quienes respaldan esta posición radicalmente escéptica, argumenta Stove, son responsables de utilizar palabras lógicas pero privándolas de su significado lógico mediante su inserción en un contexto epistémico acerca de los científicos. Kuhn habla de argumentos que parecen ser deci-

sivos, más bien que lógicamente decisivos: “Ordinariamente, es sólo mucho más tarde, después de que el nuevo paradigma ha sido desarrollado, aceptado y explotado, que se desarrollan argumentos aparentemente decisivos (contra el viejo paradigma)”. Y Lakatos utiliza frecuentemente comillas para neutralizar la fuerza lógica de un término: “El comportamiento anómalo del perihelio de Mercurio fue reconocido por decenios como una de las muchas dificultades sin resolver en el programa de Newton; pero solamente el hecho de que la teoría de Einstein lo explicara mejor transformó una anomalía irrelevante en una brillante ‘refutación’ del programa de investigación de Newton”. Otra táctica es el uso de términos que confunden las relaciones lógicas con las relaciones causales. Lakatos, en particular, era propenso a aplicar a las teorías científicas expresiones tales como “es derrotada”, “es eliminada”, “es removida” y “es abandonada”, como si estas expresiones *causales* fueran expresiones lógicas tales como “es falsada”. Todo lo que él pudo realmente implicar mediante el uso de estos términos fue que los científicos habían *abandonado* las teorías pertinentes, pero no que ellas hubieran sido *refutadas* en el sentido lógico de que se hubiera demostrado su falsedad.

La combinación de enunciados de la filosofía y de la sociología de la ciencia ha sido responsable de dos de los grandes mitos perpetrados por Popper y sus seguidores: primero, que todos los hallazgos científicos del pasado se han tornado irrelevantes por los hallazgos de posteriores teorías; y segundo, que el conocimiento científico nunca es acumulativo. Aplicando las distinciones de Stove al más común de los ejemplos usados por los escépticos radicales, podemos poner estos mitos en su lugar. Aunque la teoría Copérnico-Galileo-Kepler respecto de que la Tierra y los planetas giran alrededor del Sol ha sido *reemplazada* ahora (un concepto sociológico) por las mucho más sofisticadas y venturosas teorías einstenianas de la cosmología, los hallazgos centrales de las tesis del siglo XVII no

16 Karl Popper, *The Logic of Scientific Discovery*. Véase Nota 7.

17 David Stove, *Popper and After: Four Modern Irrationalists*, Londres, Pergamon Press, 1982, p. 30.

han sido refutadas (un concepto lógico) por las más recientes teorías. Los planetas todavía giran alrededor del Sol, tal como los científicos del Renacimiento descubrieron hace casi quinientos años, y nada puede alterar los fundamentos de aquella porción de conocimiento que ellos establecieron. Además, la historia de la ciencia durante los últimos cuatro siglos ha sido, sobre todo, una historia de la acumulación de conocimientos. Aun si le aceptamos a Feyerabend que la teoría de Einstein no comparte ni un solo enunciado con sus predecesoras, esto no es un argumento contra la acumulación de conocimiento. Einstein, como un asunto de hecho histórico, escribió su teoría de la relatividad en respuesta a la mecánica celeste de Newton. Por supuesto, uno podría argumentar que no habría sido *posible* que Einstein hubiera escrito su teoría antes de que Newton escribiera la suya, ni tampoco antes del desarrollo de las nuevas clases de geometría no euclidiana en el siglo XIX. Pero puesto que estamos discutiendo sobre un asunto de combinación socio-histórica, la argumentación a favor de la acumulación no nos exige siquiera llegar tan lejos. Es simplemente suficiente registrar que Einstein estuvo trabajando en un tema similar al de Newton, que conocía el trabajo de este en detalle, y que su propia teoría suministró una mejor exposición del tema. Todos estos detalles sociológicos son verdaderos, y por tanto tenemos un claro ejemplo de la acumulación de conocimiento en el campo principal donde Kuhn y Feyerabend niegan que tal cosa sea posible.

Lo que es también irónico es que una vez su discusión es identificada como sociológica, su lógica se vuelve un asunto interesante. Popper y otros argumentaron a partir de una cantidad de ejemplos en la ciencia, la mayoría de ellos limitados a la física y la química, pero extendieron su argumentación a todas las ciencias. Su lógica es la de que dado que algunos ejemplos de la ciencia son de cierto tipo (algunos A son B), entonces toda la ciencia es del mismo tipo (todos los A son

B). Pero esto, por supuesto, es la lógica de la inducción, la misma que ellos unánimemente rechazaron desde el comienzo. Ninguno de ellos examinó la naturaleza de otras ciencias, tales como la ciencia médica o la geología (Feyerabend ni siquiera nos presentó una exposición decente de los principios del vudú), por lo que sus nociones de paradigmas rivales y de programas de investigación en decadencia o progresivos solamente pueden ser aplicadas a todas las ciencias mediante la formulación del tipo de conclusiones inductivas que negaron que tuviesen alguna validez.

Otra falacia en este debate es la presunción de que todos los enunciados de observación están de antemano cargados con teoría. Ahora, si todas las observaciones estuviesen cargadas con teoría, podríamos preguntar, respecto de cualquier observación, con qué teoría en particular está supuestamente cargada. Una vez que hiciéramos esto, se haría evidente que la presunción no puede ser sostenida. Consideremos el caso de la observación de Galileo en 1609, a través del telescopio, del planeta Júpiter y sus lunas. En ese momento, Galileo era un converso a la teoría de Copérnico, según la cual los planetas giraban alrededor del Sol y las lunas giraban alrededor de los planetas. Esto podría haber ejercido influencia sobre el hecho de que cuando vio las lunas de Júpiter por primera vez le pareció que ellas giraban alrededor del planeta. Sin embargo, ¿imaginaría alguien que si un seguidor de la vieja teoría ptolemaica de la astronomía hubiese mirado a través de un telescopio al mismo tiempo habría visto algo diferente? Esperaríamos que el teórico ptolemaico hubiese visto las lunas no en órbita, sino vagando por los cielos sobre Júpiter, como su propia teoría podría haber esperado que ellas lo estuvieran haciendo. Si hoy miramos a Júpiter, independientemente de que aceptemos las teorías de Edwin Hubble o de Athena Starwoman<sup>18\*</sup>, aún vemos las lunas

18 \*Famosa astróloga australiana (N. del E.).

orbitando el planeta, exactamente como Galileo las vio. Lo que observamos a través del telescopio es independiente de cualquier teoría. El modo como *teoricemos* acerca de nuestra observación está, naturalmente, altamente influenciado por nuestras teorías, pero la observación misma nunca está ligada a ellas en ningún modo necesario. Tampoco nos estamos comprometiendo con una teoría cuando les asignamos nombres a los objetos que vemos en el espacio, tales como “luna” o “planeta”, o cuando describimos un proceso visible como una “órbita”. Todo lo que hacemos es aplicar nombres a objetos observables. Una teoría está siempre, de alguna manera, comprometida con un enunciado acerca de lo no observado, y el solo acto de nombrar lo que observamos no es nada más que lo que es. El ejemplo de “bajo nivel” citado anteriormente por Alan Chambers (la advertencia respecto de que el viento empuja el coche del bebé sobre el borde del acantilado) no muestra que cada enunciado de observación tiene que estar cargado con alguna teoría científica. Nada en el enunciado citado por él, el cual podría haber sido formulado por un niño, merece el estatus de teoría científica. El ejemplo presupone nada más que el uso del lenguaje y la atribución de significado a palabras para describir experiencias comunes.

Todo esto, debemos enfatizar, no quiere decir que las observaciones de los científicos naturales o de los científicos sociales no estén nunca influidas por teorías. Obviamente, lo contrario es con frecuencia el caso. La gente con frecuencia emprende la búsqueda de observaciones e indicios para probar una teoría sobre la cual ya ha fijado una posición. Sin embargo, para reformular un punto de vista anterior: este es un hecho sociológico, no un asunto de lógica. No hay teoría *inherente* a cada observación; las observaciones no son, por necesidad, dependientes de alguna teoría de alguna clase.

Hay una cuestión más de lógica que debe ser discutida en este punto. Al formular su argumentación de que no podemos

nunca tener certeza alguna respecto de la muerte de Julio César porque las observaciones hechas por personajes históricos están siempre sujetas a una “regresión infinita” de preguntas, Popper planteó otro tema. Dado que los historiadores están describiendo el pasado, se ocupan de un mundo finito, algo que existió en algún momento, pero que ahora está tras nosotros por completo. Ahora, no podemos formular un número “infinito” de preguntas acerca de un mundo finito. Podríamos formular una gran cantidad de preguntas, pero un número infinito es una imposibilidad lógica. Cuando los historiadores aceptan observaciones respecto del pasado como prueba de que un evento realmente aconteció, siempre son renuentes a tomar un determinado informe como demostración de ello. Prefieren *corroboración* de observaciones por parte de muchos observadores. Esto es lo que ellos tienen respecto de la muerte de Julio César. Cada informe que ellos han visto acerca del Imperio Romano de alrededor del año 44 a. C., no importa qué tan cerca o lejana sea la fuente, corrobora el asesinato, y no ha aparecido nadie todavía para falsar, o siquiera levantar dudas, acerca de la ocurrencia de este hecho. Podríamos, si así lo decidimos, calcular la probabilidad de que este evento, de todas las posibles cosas que podrían haber sido observadas acerca de César y de quienes estuvieron a su alrededor en el momento, haya ocurrido. Por cada corroboración, las probabilidades a favor de la hipótesis de que haya sido asesinado crecen geoméricamente. Se llega a un punto, con la corroboración histórica acerca de un hecho tan bien registrado, en el que cualquier otro escenario, aparte del que hemos aceptado, resulta imposible. Dado que estamos manejando un mundo finito —el planeta Tierra en el año 44 a. C.—, podemos excluir la posibilidad de que en alguna parte, dentro de un infinito número de escenarios, haya uno en que César no haya sido asesinado. Las posibilidades lógicas basadas en la infinitud no cuentan para este ni para cualquier otro caso histórico. De hecho, hay tanta

corroboración acerca de este asesinato en particular, que es literalmente imposible que exista un escenario sin asesinato que pueda encajar con todo lo demás que sabemos acerca de lo que estaba ocurriendo en Roma en ese momento. Sabemos que Julio César fue asesinado en Roma en el año 44 a. C. con tanta seguridad como sabemos que John F. Kennedy fue asesinado en Dallas en 1963.

Como se anotó anteriormente, si consideramos seriamente la noción de Popper respecto de la imposibilidad de las observaciones que nos suministran conocimiento lógico, tendríamos también que aceptar que no podemos jamás saber nada acerca de la sociedad, incluyendo los eventos más familiares de la cotidianidad que todos experimentamos. ¿Cómo podría alguien haber considerado tan ridícula noción? Antes de responder, permítanme pasar a otro conjunto de ideas que aseveran lo mismo pero que tienen un origen diferente.

#### **LA DOBLE HERMENÉUTICA Y LA REFLEXIVIDAD**

Durante mucho tiempo se ha distinguido, tanto en las humanidades como en las ciencias sociales, entre el estudio de las acciones de los seres humanos y los significados de la conducta humana. Han existido épocas en las se ha favorecido un lado de esta distinción a expensas del otro, y otras en las que el balance se ha inclinado del lado contrario. Durante el período comprendido entre la Segunda Guerra Mundial y el final de los años sesenta, las perspectivas basadas en la acción estuvieron muy en boga. Fue la época del apogeo del conductismo en psicología y en sociología. Los conductistas argumentaban que los significados que la gente asignaba a lo que hacían podían ser vagos, contradictorios y con frecuencia difíciles de interpretar o de expresar. Creían imposible la construcción de una ciencia social rigurosa sobre tan resbaladizos fundamentos. Las acciones humanas, pese a todo, podrían ser contadas, medidas y probadas con precisión, y por tanto parecían

suministrar los datos primarios de donde podría emerger una apropiada ciencia de la sociedad. Hoy en día, esa posición de rechazo de los conductistas a los aspectos del significado, la interpretación y la comprensión, y su insistencia en que había que concentrarse solamente en la medición y en las acciones manifiestas, parece un camino cerrado e infructuoso. Ahora es un lugar común afirmar que los significados que las personas atribuyen a lo que hacen no pueden ser suprimidos de ningún reporte de la actividad humana. Es claramente imposible representar la riqueza de la sociedad y de la realidad de la vida cuando se deja de lado su significado.

Hasta hace poco, la mayoría de los historiadores estaban satisfechos de poder incluir las perspectivas tanto de la acción como del significado en sus trabajos. La mayoría suponía que podían estudiar acciones (acerca de las cuales podrían producir conocimiento), así como también significados (donde probablemente estaban limitados a producir interpretaciones). Esto significó que muchos historiadores aceptaran que la historia tenía una doble naturaleza: de un lado, una ciencia social, y del otro, una más de las humanidades. En los años recientes, sin embargo, la balanza no solamente se ha apartado del lado de la acción, sino que ha ido exactamente hacia la dirección contraria. Pues ahora los teóricos culturales y literarios insisten en que el significado es lo único que importa. Tal como los conductistas de los años cincuenta y sesenta, ellos han producido una ortodoxia con sus propias insignias de identidad y una terminología de arraigo popular. Una de las banderas bajo la cual marchan es la llamada hermenéutica.

La hermenéutica es la teoría de la interpretación. Comenzó como el campo de interpretación de textos religiosos tales como la Biblia, pero posteriormente se extendió a la historia y a la sociología. Sostiene que la manera adecuada de estudiar las cuestiones humanas no es examinar las causas o medir la incidencia del comportamiento, sino



130

más bien interpretar los significados de las acciones sociales desde el punto de vista de quienes las ejecutan. Los hermenéuticos del siglo XIX que escribieron historia afirmaron que su propósito era reproducir la mente o la perspectiva mental de quienes habían vivido en el pasado. Este propósito se guardó religiosamente como uno de los principios básicos y perdurables de la práctica histórica, especialmente en algunos de los grandes estudios de la cultura europea del siglo XIX, tales como *La Civilización del Renacimiento en Italia* de Jacob Burckhard. Los hermenéuticos del siglo XX, no obstante, llegaron hasta proclamar que su enfoque era la *única* manera apropiada de contemplar los asuntos humanos. El estudio de la conducta humana, sostuvieron, es fundamentalmente distinto de los métodos de las ciencias naturales,

porque su propósito es la “comprensión” de los significados humanos, no el de obtener información objetiva. Dado que está basada en significados, la actividad humana puede ser entendida “desde adentro”, a diferencia del mundo natural, con el cual nos relacionamos solamente como marginales<sup>19</sup>. El principal exponente contemporáneo de la hermenéutica, el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer, afirmó que el modelo apropiado para la búsqueda de la comprensión del significado de la conducta humana es el de la interpretación de un texto<sup>20</sup>. Este campo está fuertemente influenciado por las ideas de Nietzsche, especialmente su aforismo según el cual “no hay hechos, solamente interpretaciones”. Hermenéuticos tales como Gadamer insisten en que la interpretación misma nunca es un simple ejercicio, porque el intérprete siempre aporta a la tarea sus propios significados, prejuicios y preconcepciones. Aunque se esfuerza por entender los significados de los otros, no puede hacerlo en un sentido objetivo, sino solamente a través de la malla de sus propios significados y cultura.

El sociólogo británico Anthony Giddens ha argumentado que hay compromiso de una dimensión adicional cuando los científicos sociales estudian su mundo. La ciencia social, dice, no está aislada de su materia de estudio, como lo está en la ciencia natural. Por ejemplo, no importa qué pruebas encuentre un físico, o qué teoría apoye, su trabajo publicado no tiene ningún efecto sobre las leyes de la física. Sin embargo, advierte

19 Este es un punto que no es exclusivo ni de la hermenéutica ni del siglo veinte. Fue planteado originalmente por un teórico de la historia italiano del siglo dieciocho, Giambattista Vico, y es uno de los fundamentos teóricos de un movimiento de la sociología del temprano siglo veinte conocido como el interaccionismo simbólico.

20 Hugh J. Silverman (ed.), *Gadamer and Hermeneutics*, New York, Routledge, 1991.

Giddens, las publicaciones de los científicos sociales tienen con frecuencia un considerable impacto sobre lo que ocurre en los asuntos humanos. Las ciencias sociales operan dentro de lo él llamó una “doble hermenéutica”, que involucra relaciones de doble vía entre las acciones y aquellos que las estudian. “Los observadores sociológicos dependen de los conceptos laicos para producir descripciones precisas de los procesos sociales; y los agentes normalmente incorporan teorías y conceptos de la ciencia social en su comportamiento, así potencialmente cambiando su carácter”<sup>21</sup>.

El ejemplo más claro de este fenómeno es el estudio de la economía, la cual describe las motivaciones e instituciones de la vida económica en términos definidos por sus participantes. A su turno, la teoría económica y las inferencias que puedan ser obtenidas de ella tienen un considerable efecto sobre el proceso económico mismo, influyendo sobre actividades que van desde fenómenos dominados por el mercado, tales como el precio de las acciones en el mercado de valores o el valor del dólar, hasta acciones más deliberadas, tales como la formulación de la política económica nacional. Inclusive aquellas actividades sociológicas que parecen ser “objetivas”, tales como la compilación de estadísticas sobre la distribución de la población, las tasas de natalidad y de mortalidad, matrimonio y familia, “regularmente entran a nuestras vidas y ayudan a redefinirlas”, dice Giddens. Uno de los más claros ejemplos de esto, dice, es la profecía autocumplida que regularmente proveen los análisis sociales y económicos. “Teorizar en ciencia social no es algo que se haga respecto de un ambiente que

le es indiferente, sino de uno cuyo carácter está abierto al cambio respecto de aquella teorización”. Giddens ha usado el concepto de doble hermenéutica para desarrollar lo que llamó su “teoría de la reflexividad”:

La reflexividad de la vida social moderna consiste en el hecho de que las prácticas sociales son examinadas y reformadas a la luz de nueva información sobre esas mismas prácticas, alterando así constitutivamente su carácter [...] En todas las culturas, las prácticas sociales son rutinariamente alteradas a la luz de los progresivos descubrimientos de que se nutren. Pero sólo en la era de la modernidad se radicaliza la revisión de la convención para aplicar (en principio) a todos los aspectos de la vida humana, incluyendo la intervención tecnológica en el mundo material. Se dice frecuentemente que la modernidad está marcada por un apetito por lo nuevo, pero esto quizás no es del todo exacto; lo que caracteriza a la modernidad no es la aceptación de lo nuevo por sí mismo, sino la presunción de reflexividad general en la que naturalmente se incluye la reflexión sobre la naturaleza de la reflexión misma<sup>22</sup>.

Giddens usó su explicación de este fenómeno para argumentar que no sólo es inherentemente incierto lo que pasa por conocimiento del mundo, sino que este mismo conocimiento contribuye a la “inestable o mutable naturaleza” del mundo social. La conclusión que deriva de esto es que no podemos tener ningún conocimiento acerca de la sociedad, en lo que llamó “el viejo sentido” del conocimiento que implicaba certeza. La “circulación del conocimiento en la doble hermenéutica [...] altera intrínsecamente las circunstancias a las que se refería originalmente”. En consecuencia:

La ecuación conocimiento-cer-

21 Anthony Giddens, “Nine theses on the future of sociology”, en *Social Theory and Modern Sociology*, Cambridge, Polity Press, 1987, pp. 30-31. Un avance del concepto de doble hermenéutica ya había sido presentado por Giddens en su *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press, 1984, p. 38-39.

22 Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Op. Cit., 1993, p. 46.

tidumbre resultó mal concebida. Nos encontramos fuera, en un mundo totalmente constituido a través de conocimiento reflexivamente aplicado, pero en donde al mismo tiempo no podemos nunca estar seguros de que un elemento dado de tal conocimiento no será revisado<sup>23</sup>.

Entonces, según Giddens, el conocimiento no puede continuar por más tiempo significando verdad o certidumbre. Cuando usemos este término, dice, debemos entenderlo como referente a nada mejor que “presunción de conocimiento”. Por lo tanto, las perspectivas de la “acción” que trata de proveer conocimiento están descaminadas. La ciencia social es esencialmente un ejercicio hermenéutico que intenta arreglárselas con un sujeto “necesariamente inestable”, el “juggernauta<sup>24</sup> profesional” del mundo moderno.

Hay que señalar que, dentro del trabajo de Giddens de los años 90, se produjo un sutil e irreconocido cambio en su idea de la reflexividad y de la doble hermenéutica. En sus primeros escritos relativos a este proceso, publicados entre 1984 y 1986, la reflexividad era algo que “podía” suceder pero no algo que “tenía” que suceder. Por ejemplo: “Los ‘hallazgos’ de las ciencias sociales con mucha frecuencia entran constitutivamente en el mundo que describen”<sup>25</sup>. Sin embargo, durante los años 90 Giddens confiaba en que había captado uno de los rasgos *inherentes* de la sociedad contemporánea. Ahora escribía que el mundo moderno estaba “totalmente constituido” por una “reflexividad generalizada”, y

que “el conocimiento reflexivamente aplicado a las condiciones del sistema de reproducción *intrínsecamente* alteraba las circunstancias a las cuales se refería originalmente. De esta manera, su último trabajo argumenta: primero, que la reflexividad es un componente *necesario* de la sociedad contemporánea y, segundo, que ella *tiene* que cambiar el mundo al cual se refiere.

En sus escritos del decenio de los 90 Giddens se había convencido tanto a sí mismo de la fortaleza de su tesis, que cuando discutió de nuevo la noción de reflexividad sintió que ya podía prescindir de la necesidad de justificarla mediante referencia a prueba alguna. Sin embargo, si volvemos atrás y examinamos los primeros ejemplos que suministró, es claro que está crasamente exagerando su argumentación. Por ejemplo: es probable que la publicación de estadísticas sociológicas atinentes al divorcio tenga algún impacto sobre la tasa de divorcio, dado que siempre es más fácil para los individuos tomar una decisión difícil cuando saben que hay otros que están haciendo lo mismo, pero esto no es algo que sea inevitable o necesario. Las estadísticas sobre divorcio podrían influir sobre algunas decisiones individuales, pero ellas tienen la misma probabilidad de ser irrelevantes en muchos casos donde la naturaleza de la relación entre los esposos es, de lejos, el factor esencial, sin importar cuáles pudieran ser las estadísticas. De igual modo, si el análisis económico indica que el mercado de valores debe caer, el precio de las acciones bien puede declinar, pero no ocurre necesariamente así. Si otros factores están presentes, tales como gerentes de portafolio con grandes fondos para invertir, este análisis económico puede no producir ninguna profecía autocumplida. En otras palabras, las condiciones materiales pueden con frecuencia tornar irrelevantes las creencias respecto de la sociedad. Cuando las creencias sobre la sociedad realmente alteran las circunstancias a las que se refieren, esto es un asunto contingente pero no algo necesario.

23 Giddens, *Ibid*, 1993, p. 47.

24 \* Neologismo: una fuerza irrefrenable que en su avance aplasta o destruye todo lo que se interponga en su camino (N. del E.).

25 Anthony Giddens, “What do sociologists do? Lectura inaugural de su curso en la Universidad de Cambridge (enero de 1986). Publicada en su *Social Theory and Modern Sociology*, p. 20.

El argumento de Giddens, además, pasó por alto dos cosas. La primera es que la mayoría de las personas llevan sus vidas completamente inconscientes de las estadísticas sociológicas y de los análisis económicos. Si los estudiantes de pregrado de quienes he sido profesor en los últimos 20 años son representativos, la mayoría de la gente que posee un título de educación superior en las humanidades, y aún menos la mayoría de la población, no son capaces de leer una tabla estadística apropiadamente ni extraer conclusiones de un gráfico de series temporales. La segunda es el asunto de la baja calidad y de la pésima reputación de la mayoría de los análisis sociológicos y predicciones económicas. Una de las condiciones de la modernidad que Giddens debió de haber considerado es que la gente de hoy está tan bombardeada con opiniones contradictorias, provenientes de “expertos” académicos en los medios, que la mayoría las toma con reserva. La mayoría de los hombres de negocios de hoy sabe que todas las predicciones económicas están condenadas a ser erradas en grado variable. Cuando los televidentes de estos días ven en su pantalla al sociólogo típico, adoptando una posición predeciblemente provocativa sobre algún tema controversial, su respuesta más común no es creerle, sino preguntarse cómo alguien, con opiniones tan divergentes de la inteligencia ordinaria, pudo siquiera conseguir un trabajo en la universidad.

La tesis de la “doble hermenéutica”, entonces, comete la misma falacia que las tesis de Popper y sus colegas filósofos de la ciencia: la de pasar de un enunciado sociológico a un enunciado lógico. De la premisa de que hay algunos ejemplos de comprensión reflexiva en la sociedad, Giddens se desliza imperceptiblemente en la presunción de que la reflexividad es por tanto un componente lógicamente necesario de la sociedad moderna. De aquí él pasa a formular la misma conclusión de los filósofos de la ciencia, que el conocimiento no puede significar certidumbre. Pero dado que el argumento es in-

válido, no suministra apoyo alguno para esta conclusión.

Aun en aquellos casos en los que reconocemos que la reflexividad está operando (por ejemplo, parejas más inclinadas a divorciarse en una época con alta tasa de divorcio), ellos no dan pie para una total ausencia de certidumbre. Sólo porque un aspecto de la sociedad esté constantemente cambiando no significa que uno no pueda poseer conocimientos acerca de él. Uno puede tener conocimiento acerca de su movimiento y puede construir una narrativa acerca del patrón de sus cambios de supuestos. Este, por supuesto, es el mismo punto sobre el que han insistido los historiadores todo el tiempo. No hay aspecto de la sociedad que permanezca inmóvil durante el tiempo suficiente para poder ser sometido a un análisis sociológico. La única forma precisa de entender la sociedad es históricamente, esto es, como un fenómeno en movimiento, como algo con una dimensión temporal. No hay nada en la hermenéutica de Giddens, o en su teoría de la reflexividad, que subvierta la pretensión de la historia de producir conocimiento, ni su estatus como el estudio apropiado de la humanidad.

#### EL LENGUAJE DEL RELATIVISMO

El escepticismo acerca del conocimiento que ha sido examinado en este artículo se ha arraigado tanto que merece alguna discusión, no solamente acerca de sus falacias lógicas sino también acerca del por qué el mismo escepticismo existe. Se podría responder a esto con una larga digresión sobre las políticas de las modas intelectuales de los años posteriores a 1960 entre todos los grupos radicales que nos son familiares. Sin embargo, permítanme limitar la discusión solamente a la ciencia y a la filosofía acerca de ésta. David Stove atribuye el escepticismo especialmente al impacto que sobre los intelectuales tuvo la revolución de Einstein en la física. Efectivamente, durante los doscientos años previos a la revolución de Einstein,



los científicos confiaron en que las leyes de la mecánica celeste y de la gravitación de Newton les proporcionaban certeza. La demostración de Einstein respecto de que esto no era así produjo un gran choque, y en el subsiguiente proceso de desilusión la noción misma de certidumbre fue una de las mayores víctimas. Muchos filósofos concluyeron que, puesto que la física newtoniana no era segura, nada lo era. El posterior ambiente intelectual estuvo dominado por una ansiedad de que la vanagloria que había existido antes de la caída de la física newtoniana nunca se repetiría. “Para filósofos como Popper”, escribió Stove, “la moraleja era obvia: nunca debería permitirse que una confianza tan excesiva en la teoría científica volviera a darse”. Puesto que se había demostrado que la más irrefutable de todas aquellas teorías no era irrefutable, Stove argumentó que el momento era propicio para una réplica que denunciara la irrefutabilidad y la reemplazara por su opuesto: la total suspensión de la creencia<sup>26</sup>.

Ahora bien, el escepticismo radical no es nada nuevo en la filosofía. El filósofo griego antiguo Pirro había defendido la noción, y en el siglo XVIII el filósofo escocés David Hume había abogado por un escepticismo general respecto de lo no observado. El problema para los filósofos que quisieron sostener tal posición, a comienzos del siglo XX, fue que la ciencia todavía parecía ser extraordinariamente exitosa. En la era de tan extraordinarios fenómenos como el transporte aéreo, la radio y las medicinas antibióticas, el público en general ignoró las implicaciones de la revolución de Einstein y siguió creyendo que los descubrimientos científicos no eran solamente certezas, sino que se incrementaban en una progresión geométrica. Para ser tomado con seriedad en tal ambiente, un

escéptico filósofo no podía expresarse abiertamente y negar que la ciencia hacía descubrimientos, o sostener que el conocimiento científico no estaba creciendo. Según Stove, Popper resolvió este dilema mediante la continuación del uso de palabras tales como “descubrimiento” y “conocimiento”, pero cambiándoles su significado.

Stove señaló que palabras tales como “descubrimiento” y “conocimiento” son *palabras-éxito*. Dio una cantidad de ejemplos y contraejemplos tales como “prueba”, que es una palabra-éxito porque uno solamente puede probar lo que es verdadero, y “creer”, que no es una palabra-éxito porque uno puede creer lo que no es verdad. Similarmente, el verbo “refutó” es una palabra-éxito puesto que significa “probó la falsedad de”, pero “negó” no lo es dado que solamente significa “expresó la falsedad de”. “Conocimiento” es una palabra-éxito porque uno solamente puede saber lo que es verdad, “descubrimiento” es una palabra-éxito porque uno solamente puede describir lo que existe, “explicación” es una palabra-éxito porque uno no puede explicar nada diferente a la cosa que es. Así, cuando Popper, el escéptico radical, escribe libros con los títulos de *La lógica del descubrimiento científico* y *El desarrollo del conocimiento científico*, y cuando Lakatos titula una colección de sus ensayos como *Pruebas y refutaciones*, emplean lo que Stove describe como “palabras-éxito neutralizantes”.

Cuando se está escribiendo acerca de la historia y de la sociología de la ciencia, observa Stove, es muy difícil evitar el uso de palabras-éxito. Así que la táctica más frecuente adoptada por Lakatos al encontrarse en esta posición fue la de ponerle comillas a palabras tales como “prueba”, “hechos” y “conocido”, como puede leerse enseguida: “Un signo típico de la decadencia de un programa que no se discute en esta ponencia es la proliferación de ‘hechos’ contradictorios [...] Su experimento de 1887 ‘mostró’ que no hay viento de éter sobre la superficie de la Tierra”. También hay ejemplos tomados de Kuhn,

26 David Stove: “Cole Porter and Karl Popper: the Jazz Age in the Philosophy of Science”, en su *Plato Cult and Other Philosophical Follies*, Oxford, Basil Blackwell, 1991, p. 19.

quien escribió que cuando un paradigma reemplaza a otro, “el ‘nuevo conocimiento’ reemplaza el ‘conocimiento’ de otra e incompatible suerte”. Al presentar esta cita, Stove indicó que el conocimiento implica verdad y que las verdades no pueden ser incompatibles entre sí. Agregó que el peor ejemplo de la neutralización de una palabra-éxito es una frase que es clave en todo el planteamiento de Popper: “conocimiento conjetural”. Decir que algo es conocido implica que es conocido como verdadero. Pero decir que algo es conjetural implica que no es conocido como verdadero. Por lo tanto, lo que estos ejemplos demuestran no es simplemente la acuñación de neologismos ni la transgresión de las reglas del lenguaje (en términos de Lakatos: “violación del lenguaje”), sino la directa contradicción con el significado aceptado de los términos utilizados. Para mantener su plausibilidad, el escepticismo radical en la filosofía de la ciencia ha tenido que *reversar* el significado común de sus principales términos.

Precisamente lo mismo es evidente en las palabras de aquellos científicos sociales que argumentan hoy que nada es cierto. Cuando Anthony Giddens escribe “Permítanos, primero que todo, desestimar como indigna de seria consideración intelectual la idea de que ningún conocimiento sistemático de la acción humana o de las tendencias del desarrollo social es posible”, necesitamos leer esto a la luz de lo que él quiere significar por “conocimiento”. En el mismo capítulo nos cuenta que la ecuación conocimiento-certidumbre ha resultado mal concebida. Ahora, si tenemos certeza de algo esto tiene que ser cierto, y tenemos que conocerlo como verdadero. Pero lo mismo se puede afirmar respecto al conocimiento. De esta forma, la presunción de Giddens de que podemos tener conocimiento, pero aún así, no tener certeza de él, es como las presunciones de Popper y compañía, la aseveración de una autocontradicción.

En gracia de la discusión, permítanos probar una operación de rescate de las



ideas de Giddens y aceptar que si el conocimiento nunca puede ser cierto, siempre que él usa la palabra-éxito “conocimiento” debemos interpretar que quiere decir la palabra-no-éxito “creencia”. Bajo esta luz, su primera oración citada anteriormente podría reescribirse así: “Permítanos desestimar la idea de que ninguna creencia sistemática acerca de la acción humana o el desarrollo social es posible”. Puesto de esta manera, tenemos un enunciado con el cual casi nadie estaría de acuerdo. Aquel, por supuesto, es el problema con este, porque es inmediatamente evidente que, dado que las creencias no tienen que ser verdaderas, una creencia sistemática es tan buena como cualquier otra. Las creencias sistemáticas acerca de la sociedad mantenidas por los fundamentalistas religiosos o los astrólogos (todos los cuales insistirán

en que tienen muy buenas razones para sus creencias), tienen el mismo estatus que las creencias sistemáticas de un sociólogo o de un historiador. Nos quedamos con una teoría relativista según la cual lo que cuenta como “verdadero” (aunque nunca “cierto”) es determinado por la personalidad, la estética, el dinero, o más probablemente, lo que Lakatos mismo denunció como regla popular.

Mientras que esto tiene implicaciones para la propia reputación de Giddens como un estudioso, el asunto más serio es el grado en que él y otros que han sido estudiados en este capítulo, todos ellos académicos altamente ubicados en posiciones influyentes, están dispuestos a abusar del lenguaje en el modo como ellos lo han hecho. Tratando de eliminar el contenido de verdad de palabras tales como “saber”, “hecho”, “prueba” y “descubrimiento”, ellos todos están involucrados en un intento tan arrogante como espurio de cambiar el significado del lenguaje por ninguna mejor razón que apuntalar sus propias mal concebidas y, además, autocontradictorias teorías.

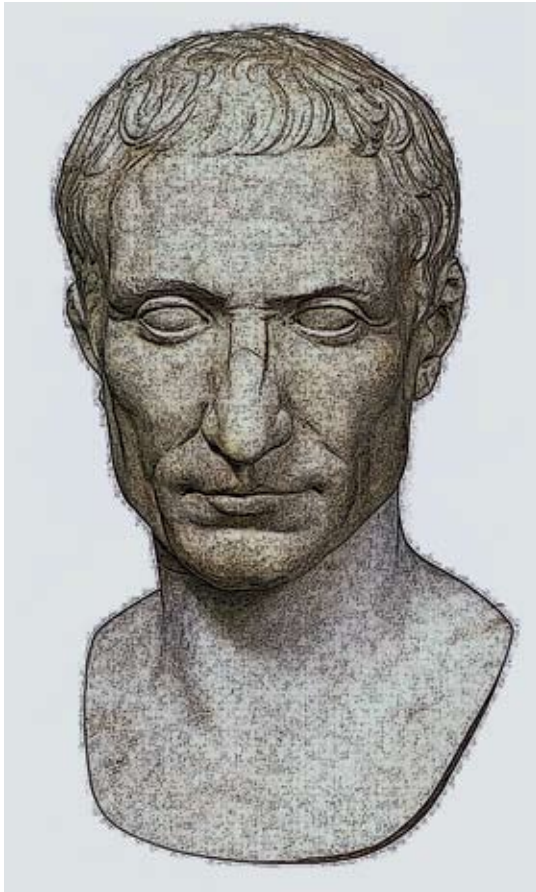
#### EN DEFENSA DE LA INDUCCIÓN

En 1628 el médico inglés William Harvey publicó sus hallazgos acerca de la circulación de la sangre y la función del corazón en los animales. Al hacer esto, derribó la teoría prevaleciente del antiguo médico griego Galeno, quien creía que el corazón funcionaba principalmente como una fuente de calor. Durante los 370 años transcurridos desde que los hallazgos de Harvey fueron publicados, los detalles de su descubrimiento han sido refinados, pero nadie ha cuestionado seriamente su posición central. Hoy hay más de seis millardos de seres humanos en el planeta y muchas veces el mismo número de otros mamíferos. Nadie ha encontrado nunca un humano u otra clase de mamífero cuya sangre no circulara a través del cuerpo, a menos, por supuesto, que éste estuviese muerto. Alrededor del mundo, diariamente, se administran oral e intravenosamente medicinas,

y cada uno de estos procedimientos cuenta como un pequeño experimento que confirma que la sangre efectivamente circula. Todavía, a pesar de estos millones y miles de millones de observaciones que confirman que Harvey tenía razón, y a pesar de la ausencia de tan siquiera una contraobservación, Karl Popper y sus seguidores mantienen que esto no es aún prueba suficiente para que seamos capaces de decir que podemos tener certeza de que la sangre circula. No sólo esto, sino que están comprometidos con la posición de que esta enorme acumulación de datos no nos permite tener certeza de que siquiera uno del vasto número de mamíferos que nacerá en algún momento del futuro tendrá un cuerpo a través del cual la sangre circula.

La razón por la que sostienen lo que es, cuando puesto de esta forma, una posición tan obviamente ridícula, es porque todas las observaciones y experimentos descritos anteriormente vienen a ser nada más que un argumento *inductivo*. Uno construye un argumento inductivo cuando, después de un número de observaciones de la ocurrencia de cierto fenómeno, llega a un punto en el que uno dice tener buenas razones para formular una conclusión más general. El ejemplo utilizado en los manuales de filosofía es usualmente el siguiente: “Todos los cuervos observados hasta ahora son negros, por lo tanto, todos los cuervos, ahora y en el futuro, son negros”. Un argumento inductivo, entonces, es un argumento basado en premisas respecto de lo que ya ha sido observado, seguidas por una conclusión acerca de lo que no ha sido, o en algunos casos, pudiera no ser observado. Hoy en día, sin embargo, nadie que proponga una argumentación basada en la inducción, cualquiera sea la forma que esta tome, corre el riesgo de ser acusado de participar en lo que a las recientes generaciones de estudiantes de humanidades se les ha enseñado como un ejercicio completamente defectuoso.

La razón por la que los argumentos inductivos se tienen ahora en baja estima,



y la razón por la que tantos estudiantes de teoría social y método científico de hoy prefieren rechazar la teoría de Harvey como una pieza de conocimiento antes que aceptar el principio de inducción, es porque han sido enseñados por Popper que deberían aceptar los puntos de vista del filósofo escocés David Hume. En dos de sus más importantes obras, el *Tratado de la naturaleza humana* (1739) y la *Investigación sobre el entendimiento humano* (1748), Hume argumentó: primero, que la premisa de un argumento inductivo no era una razón para creer en la conclusión; y segundo, que no hay razón alguna (ni a partir de la experiencia o de cualquier otra cosa) para creer ninguna proposición contingente respecto a lo no observado. Popper reconoce la argumentación de Hume como la base de su propio rechazo de la inducción:

Yo abordé el problema de la inducción a través de Hume. Este, sentí, tenía toda la razón al señalar que la inducción no puede

ser lógicamente justificada. El sostenía que no puede haber argumentos lógicos válidos que nos permitan establecer que aquellas instancias de las cuales no hemos tenido experiencia se asemejan a aquellas de las cuales hemos tenido experiencia. Consecuentemente, aun después de la observación de la frecuente o constante conjunción de objetos, *no tenemos razón para formular inferencia alguna respecto a ningún objeto fuera de aquellos de los cuales hemos tenido experiencia* [Hume: *Tratado*, Libro I, parte III, secciones vi y xii] [...] Como resultado, podemos decir que no se pueden nunca inferir teorías de enunciados de observaciones, ni se pueden usar ellos para justificarlas. Me pareció que la refutación de la inferencia inductiva de Hume era clara y precisa<sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Karl Popper: *Conjectures and Refutations*, Op. Cit., p. 42.

David Stove ha argumentado que Popper, quien escribió una generación antes de Kuhn, Lakatos y Feyerabend, sintió la necesidad de justificar su propia filosofía citando el razonamiento de Hume como uno de sus fundamentos. Aunque el último trío de autores no identifica a Hume de la misma forma, está igualmente comprometido porque en esta área sus propios escritos se derivan en gran medida de Popper. Por tanto, Stove concluyó que la argumentación de Hume acerca de la inducción es la base del escepticismo radical de todos los cuatro autores mencionados.

La conclusión de Hume, citada arriba en *itálicas*, es la de que no tenemos razones para creer ninguna proposición contingente acerca de lo no observado. En un detallado análisis de todas las premisas y subargumentos que Hume necesitó para alcanzar su conclusión, Stove muestra que la premisa de arranque es la invalidación de los argumentos inductivos. Esto, acepta Stove, es indiscutible: “Algunos cuervos observados son negros, por lo tanto, todos los cuervos son negros” es un argumento inválido. La premisa “falibilidad de la inducción” está ligada, en el argumento de Hume, a una proposición general respecto a los argumentos deductivos que Stove llama “deductivismo”. El deductivismo sostiene que los únicos argumentos buenos son los argumentos deductivos, es decir, que para que P sea una razón para creer Q, la argumentación de P a Q tiene que ser válida. Juntos, la invalidez de los argumentos inductivos y la premisa del deductivismo producen la subconclusión que Stove llama “escepticismo inductivo”. Este consiste en que ninguna proposición acerca de lo observado es una razón para creer una proposición contingente acerca de lo no observado. Esta subconclusión entonces está en sí misma ligada a la proposición general del empirismo que sostiene que cualquier razón para creer una proposición contingente respecto de lo no observado es una proposición respecto de

lo observado. Juntos, el escepticismo inductivo y el empirismo producen la conclusión de Hume. El diagrama síntesis de todo el argumento de Stove es el siguiente:

Falibilidad de la inducción +  
Deductivismo = Escepticismo inductivo +  
Empirismo = Escepticismo acerca de lo no  
observado.

Stove argumenta que la premisa clave a toda la argumentación es la presunción de deductivismo. La falibilidad de la inducción, en sí misma, no produce escepticismo inductivo, porque del hecho de que los argumentos inductivos sean inválidos no se desprende que algo que observemos no nos proporcione una razón para creer algo que no hemos observado todavía. Por ejemplo, si toda nuestra experiencia con llamas es que ellas son calientes y que queman, esto por supuesto nos da una razón para asumir que nos quemaremos si metemos nuestra mano en una llama hasta ahora no observada. Esto podría no ser una razón lógicamente deducible, pero es sin embargo una buena razón. Pero una vez que la falibilidad de la inducción se une a la presunción deductivista de que las únicas razones aceptables son las deductivas, esto es, aquellas inferidas de argumentos lógicamente válidos, entonces resulta el escepticismo inductivo. (La proposición general acerca del empirismo en la segunda etapa del argumento tiene que ser unida con un escepticismo inductivo para producir la conclusión final, porque algunas personas creen que uno puede conocer lo no observado mediante medios no empíricos tales como la fe o la revelación. Como un empirista, Hume, al igual que Popper, excluye estos medios como fundamentos apropiados para la creencia).

Stove argumenta que adherir al deductivismo como el único criterio para aceptar un argumento empírico no es, como podría parecer, imponer al debate los estándares más altos posibles. Es, de hecho, aceptar

un punto que no conlleva peso alguno en esta clase de argumento. Defender la posición deductivista es defender una verdad necesaria, es decir, algo que es verdad no por alguna forma de organización del mundo, sino solamente por los significados de los términos utilizados en ella. Las verdades necesarias carecen de significado empírico. De este modo, cuando un escéptico sostiene que una llama encontrada mañana podría no ser ardiente como aquellas del pasado, o que el próximo niño que nazca podría no tener sangre circulando por su cuerpo, no tiene una razón genuina para su duda, sólo una vacía verdad necesaria. Stove comenta:

Si yo tengo, aunque Popper dice que yo no debería tener, un grado positivo de creencia en alguna teoría científica, ¿que puede Popper argumentar en mi contra? Vamos, nada al final, excepto esto: que a pesar de los indicios empíricos posibles o concretos en su favor, la teoría podría ser falsa. Pero esto no es sino una inofensiva verdad necesaria; y tomarla como una razón para no creer en teorías científicas es simplemente una frívola especie de racionalidad.

Fuera del mundo de los filósofos y sociólogos de la ciencia, y de sus estudiantes, hay muy poca gente que considera que el deductivismo es verdadero. La mayoría de la gente acepta que las observaciones frecuentemente proporcionan razones perfectamente buenas para creer en una conclusión, aun cuando esta podría no estar implícita en esas observaciones o ser deducible de ellas. Similarmente, aceptan que algunas observaciones proporcionan buenas razones para no aceptar una conclusión, aun cuando podríamos no tener un caso deductivo aplastante. En estos casos, las relaciones lógicas involucradas son menos que absolutas, pero no obstante persuasivas. Los términos que usamos para describir estas relaciones son similarmente menos que absolutos. Decimos que la observación P confirma la conclusión Q (más

bien que probarla), o que L desaprueba M (más bien que refutarla), o que A es inconsistente con B (antes que contradecirla). El estudio de estas clases de relaciones lógicas ha sido llamado de varias maneras: teoría de la confirmación, lógica no deductiva o lógica inductiva. El más importante cuerpo de saber resultante del estudio de estas relaciones es la teoría de la probabilidad. El desarrollo de la teoría de la probabilidad se inició en el siglo XVII, pero sus seguidores están de acuerdo en que sus mayores hitos fueron logrados a mediados del siglo XX, especialmente en los escritos de Rudolf Carnap y Carl Hempel<sup>28</sup>. Estos dos fueron miembros del Círculo de positivistas lógicos de la Viena de la preguerra. La teoría de la probabilidad es, en otras palabras, el producto de aquellos positivistas desesperadamente pasados de moda, quienes son tan perentoriamente subvalorados hoy por los científicos sociales y los críticos literarios. Sin embargo, en el estudio de los asuntos humanos la teoría de la probabilidad y sus derivaciones y subsidiarios, tales como el método estadístico, suministraron unos fundamentos lógicos mucho más relevantes que el vacío deductivismo del escepticismo radical. La lógica no deductiva, por ejemplo, nos permite tener buenas razones para creer hechos bien conocidos, tales como los asesinatos de Julio César y de John F. Kennedy, a diferencia del escepticismo radical, que nos obliga a la duda permanente respecto de ambos. Más importante para el debate cubierto en este artículo, es que ella muestra que hay una alternativa racional a los fundamentos de la creencia sobre los cuales tanto nos insisten los escépticos radicales, y son tan gustosamente aceptados por los hermenéuticos, los postmodernistas y otros por el estilo. Ni las ciencias naturales ni las ciencias sociales están

28 Rudolf Carnap, *Logical Foundations of Probability*, Chicago, University of Chicago Press, 1950. También Carl Hempel, *Aspects of Scientific Explanation*, New York, Free Press, 1965.

condenadas por la lógica a profunda y perpetua incertidumbre.

Alguien que no estuviera en desacuerdo con este último enunciado no es un personaje inferior al mismo David Hume. A pesar de ser el padre de la posición de los escépticos radicales, Hume más tarde abandonó la tesis como “un trabajo de juventud”. Ella apareció por primera vez en el *Tratado sobre la naturaleza humana*, publicado en 1739 cuando tenía 28 años, y luego nueve años más tarde en su *Investigación sobre el entendimiento humano*. Sin embargo, cuarenta años después, en la obra de su madurez, *Diálogos relativos a la religión natural* (1779), una de las primeras posiciones que Hume rechazó sumariamente fue el escepticismo inductivo de su juventud. Durante los siguientes 150 años –un período de crecimiento sin precedentes de las maravillas científicas y tecnológicas– la tesis fue ampliamente ignorada tanto por los científicos como por los filósofos. En el siglo XX fue revivida no por su poder persuasivo, sino por razones políticas y psicológicas que manaban, como hemos visto, de la revolución teórica de Einstein, así como también de la sensación general de inestabilidad que prevalecía en Europa después de la Primera Guerra Mundial. Similarmente, su atracción durante los años 80 y 90 se debió mucho más a la política y a la psicología que a algo más apremiante. Y en esto, al menos, Thomas Kuhn tenía razón. La gente con frecuencia acepta una teoría por la fuerza de la costumbre, la moda y la presión de los pares. Como un enunciado sociológico, esto es sin duda correcto, pero como guía al verdadero valor de una teoría no tiene peso alguno.

#### EL ESTATUS DE LAS EXPLICACIONES HISTÓRICAS

En los decenios de los 40 y los 50 hubo un amplio debate entre los filósofos en América y en Inglaterra acerca del estatus de la historia. Algunos, incluyendo al positivista lógico Carl Hempel, argumentaron que la

misma clase de leyes generales que aplicaban en las ciencias naturales aplicaban en la historia. Hempel objetaba que puesto que todo lo que ocurre tiene una explicación científica, y dado que todas las explicaciones científicas presuponen leyes generales, así todo lo que ocurre, incluyendo eventos históricos, puede subsumirse bajo leyes generales. El propósito general de la discusión fue el de demostrar lo que Hempel llamó “la unidad metodológica de la ciencia empírica”. Su debate atrajo una serie de réplicas que iban desde el completo rechazo de sus conceptos de “leyes” y “explicaciones” hasta la aceptación de que, mientras podría ser posible *a priori* que las explicaciones históricas se subsumieran bajo leyes generales, dado el estado actual del juego había muy poca posibilidad de que esto ocurriera, por lo que el prospecto permaneció “puramente visionario”<sup>29</sup>. Sin ir a los detalles de este debate, se puede sin embargo registrar que desde mediados del siglo XX la posición de Hempel ha prevalecido en general, y la mayoría de la opinión ha estado en contra de la idea de que la historia es una ciencia.

Hay una serie de diferencias muy obvias entre la forma en que la mayoría de los científicos estudia la naturaleza y el modo en que los historiadores estudian la actividad humana. De una parte, la meta principal de la ciencia natural es encontrar generalizaciones o leyes que sean constantes en el espacio y en el tiempo. Para alcanzar esto, muchos adoptan el método experimental, donde la meta es estudiar su sujeto en un laboratorio, aislado de todas las variables que ocurren en el mundo real. La mayoría de los científicos están trabajando con fenómenos que se repiten, y su meta es ser capaces de generalizar respecto a estas repeticiones. De otra parte, la varia-

29 Carl Hempel, “The Function of General Laws in History”, y Alan Donagan, “Explanation in History”, en Patrick Gardiner (ed.), *Theories of History*, New York, Free Press, 1959.

ción de tiempo es una de las características definitorias del estudio de la historia. Los historiadores se ocupan del cambio en el tiempo de eventos que, por su naturaleza, no pueden repetirse. Estudian circunstancias específicas, no fenómenos indiferenciados. Ellos no pueden nunca aislar su sujeto de estudio de variables externas. Por supuesto, las variables del mundo real son componentes esenciales de sus explicaciones. En vez de hallar leyes generales, los historiadores se proponen producir narrativas de eventos únicos.

Mientras que es indisputable que estas diferencias existen entre la historia y muchas de las ciencias naturales, no puede decirse lo mismo de todas las ciencias naturales. En años recientes, el biólogo evolucionista Stephen Jay Gould nos ha recordado insistentemente qué tan estrechamente se relaciona su propio campo de estudio con los métodos y presupuestos de la historia humana. En sus reflexiones sobre los fósiles cámbricos del Burgess Shale en British Columbia, Gould sostiene que el estudio de muchos grandes dominios de la naturaleza, incluyendo la sociedad humana, la biología evolutiva y la geología, tiene que llevarse a cabo con las herramientas de la historia. Además, si la teoría del *big bang* y del universo en expansión es correcta, la cosmología también es un estudio esencialmente histórico<sup>30</sup>. En cada uno de estos casos los datos de investigación usados en el campo provienen de los rastros del pasado que pueden ser encontrados en el presente. En cada caso, el método final de exposición es la explicación narrativa. En una explicación histórica, en cualquiera de estas ciencias, dice Gould, un evento E es explicado en términos de la narrativa. E ocurrió porque D ocurrió antes que él, precedido por C, B y A. Si alguna de estas etapas no hubiera tenido lugar, o hubiera surgido de manera diferente, E no existiría. De esta manera, el evento E es

comprensible y puede ser rigurosamente explicado como el resultado de A hasta D.

Una narrativa es una explicación de las causas y efectos de los eventos que incorpora la dimensión del tiempo. Aunque había sido por largo tiempo la técnica definitoria de la historia, hacia finales de la Segunda Guerra Mundial la narrativa se había ganado una mala reputación por su asociación con el por entonces desacreditado punto de vista de que el relato de la Humanidad era un relato del progreso. Sin embargo, el historiador no tiene que creer que la historia tenga algún propósito, menos aún percibir su movimiento en términos progresivos, para todavía seguir dependiendo de la técnica de la narrativa. Esto se debe a la ineluctable realidad del tiempo. Aunque han existido algunos filósofos que han sostenido que el paso del tiempo es una ilusión, el tiempo y su flecha, señalando del pasado al futuro, es algo a lo que está ligada no solamente la vida humana, sino toda la materia animada e inanimada del mundo<sup>31</sup>. La narrativa es una representación de la realidad.

Una cosa que la narrativa no puede hacer es meterse a predecir. Una explicación histórica no involucra una deducción directa de algunas leyes de la naturaleza o de la sociedad humana que puedan entonces ser proyectadas al futuro. Un resultado en historia no es siquiera predecible a partir de una propiedad general de un sistema mayor. Por ejemplo, mientras la victoria de los estados del Norte en la Guerra de Secesión estadounidense puede parecer en retrospectiva haber sido determinada por su superioridad en población e industria, no podemos hablar de alguna posibilidad de predicción respecto del resultado. Esto es corroborado por la experiencia de otras guerras, como la de Vietnam en los años sesenta y setenta, en la cual una población más pequeña y una economía in-

30 Stephen Jay Gould, *Wonderful Life: The Burgess Shale and the Nature of History*, London, Penguin, 1989.

31 P. Coveney y R. Highfield, *The Arrow of Time*, London, Flamingo, 1990.



dustrialmente inferior derrotaron a su mucho más poderoso oponente norteamericano. En el último caso, la propiedad general de una población y un sector industrial mayor de los Estados Unidos fueron insuficientes para producir la victoria. Aunque los historiadores pueden explicar el evento E como el resultado de sus antecedentes, no hay nunca nada necesario o determinado por ley respecto a esto. Cualquier variante sobre E que surgió de una combinación diferente de antecedentes (por ejemplo una victoria sureña en la Guerra Civil) hubiera sido igualmente explicable, aunque radicalmente diferente.

La imposibilidad de predicción no excluye, sin embargo, la posibilidad de comprensión. Lo que ocurre en la historia no es de ninguna manera fortuito o caótico. Cualquier cambio importante en la historia depende de, es decir, es contingente de, todo lo que le antecedió. La contingencia, sostiene Gould, es el principio central de todas las explicaciones históricas. El orden moderno de la vida animal, dice él, no estaba garantizado por leyes fundamentales tales como la selección natural, ni por alguna superioridad mecánica en el diseño anatómico de aquellos tipos de animales que han sobrevivido el proceso evolutivo. Gould usa los indicios del Burgess Shale para mostrar que, durante los últimos 570 millones de años, el número de diferentes *phyla* animales (las divisiones fundamentales entre animales basadas en el diseño anatómico) se ha reducido enormemente, no expandido como pensaron teóricos de la evolución más viejos. Cambios dramáticos en el clima y en la geografía durante el período siguiente han eliminado muchas más especies de las que ahora existen. La regla que determinó cual sobreviviría no fue aquella del “más apto” en términos absolutos, sino meramente aquella de las especies que resultó mejor adaptada a las peculiaridades del cambio ambiental local. Con frecuencia, criaturas relativamente insignificantes, como lo fueron los mamíferos hace sesenta millones de años, soportaron cambios drásticos que elimina-

ron criaturas tales como los dinosaurios, que habían sido muy bien adaptados al ambiente anterior. El hecho de que una de las *phyla* que sobrevivió la era cámbrica, los cordados, debe de haber evolucionado eventualmente en seres humanos fue, argumenta Gould, una “impresionante improbabilidad”. Aunque este resultado radicó en la contingencia, el método histórico de los biólogos evolucionistas puede explicarlo en términos que son tan respetables intelectualmente como aquellos de la ciencia más convencional. “Nuestra propia evolución es un gozo y una maravilla, porque tan curiosa cadena de eventos probablemente no ocurriría otra vez, pero habiendo ocurrido hace un admirable sentido”.

La contingencia en la historia no significa que las explicaciones sean limitadas a enunciados individuales, donde un pequeño evento sigue a otro sin que fenómenos más generales sean discernibles. Gould señala que la vida en la Tierra muestra un patrón que obedece a ciertos controles: la composición química del planeta, los principios físicos de sistemas que se autoorganizan y el imperativo del diseño de organismos multicelulares, así como también las exigencias del ambiente dominante. Similarmente, los asuntos humanos con frecuencia se ajustan a procesos dentro de los cuales se pueden discernir extensas fuerzas a las que todas las personas tienen que someter su voluntad. En la historia humana es por lo general posible distinguir entre proceso extenso y acción individual. En cualquier era, según el grado de enfoque que ellos escojan, los historiadores pueden describir o las más generales restricciones y oportunidades sociales, o las acciones individuales y sus motivos. Muchos, por supuesto, reajustan su lente en el transcurso de un trabajo para abarcar los dos aspectos. La escogencia afrontada por los historiadores ha sido bien delineada por P. J. Cain y A. G. Hopkins en su recientemente publicada historia del Imperialismo británico. Explicando su decisión de enfocarse más sobre el proceso que sobre el agente, ellos escriben: “De esta

forma, estamos menos interesados en anatomizar las entrañas biográficas de un Dilke o un Rhodes que en explicar por qué figuras como Dilke o como Rhodes surgieron en primer lugar<sup>32</sup>.

Como otros científicos profesionales, los historiadores estudian su sujeto mediante una metodología disciplinada. Esto incluye la adopción de prácticas y estándares que son comúnmente reconocidos por toda la disciplina, especialmente en su manejo de las pruebas que van a constituir sus explicaciones. El despliegue de las mismas dentro de la historia es, sin embargo, un área en la cual muchos de aquellos que rechazan su estatus científico creen que tienen un juego ganador. Las pruebas históricas toman la forma de los documentos que quedan del pasado, y frecuentemente se dan dos argumentos respecto al por qué ellas son siempre problemáticas. Primero, se dice que el proceso es inherentemente selectivo. Los documentos que quedan del pasado no son un registro completo. Lo que ha sido preservado es con frecuencia determinado por lo que los actores históricos mismos consideraron deseable dejar a la posteridad. Por lo tanto, se afirma que los indicios disponibles están siempre contaminados de subjetividad. Segundo, se argumenta que el proceso es básicamente interpretativo. Analizar documentos no es otra cosa que interpretar textos y el proceso de interpretación es, de nuevo, siempre subjetivo. Así, por este motivo, los historiadores están tan lejos de reclamar para sí un método científico, como lo están los críticos literarios.

Muchos de aquellos que esgrimen uno o ambos de los anteriores argumentos, parecen suponer que las pruebas que apoyan el trabajo de los investigadores se componen de un cuerpo fijo y determinado de documentos. Esto ciertamente parece estar

detrás de muchas de las suposiciones del autor francés Paul Veyne, cuyo libro *Comment on écrit l'histoire : essai d'épistémologie* lanza una crítica sostenida al estatus científico de la historia<sup>33</sup>. Lo mismo puede decirse de Michel Foucault, quien entrevistado acerca de su historia de la medicina, *El nacimiento de la clínica*, dijo que él se había preparado leyendo todos los documentos sobre el tema para el período de 1780 a 1820, por lo cual él se refirió nada más que al pequeño número de trabajos escritos publicados por los reformadores contemporáneos de la salud y por los científicos médicos<sup>34</sup>. En tanto que esto puede ser aceptable en Francia, en la mayoría de los otros países los historiadores operan en un plano diferente. Ellos no asumen que haya un cuerpo determinado de documentos especialmente preservados con los que tengan que trabajar. Como G. R. Elton observó, argumentos como los que han sido expuestos anteriormente muestran que sus autores no están bien familiarizados con la forma como las pruebas históricas se producen, ya que “aquello que es deliberadamente preservado por observadores es una gota de agua en el mar comparado con todo lo que ha sido dejado por acción y sin intención de selección para propósitos de preservación”<sup>35</sup>.

Antes que “seleccionar” de un cuerpo determinado de textos, la mayoría de los historiadores van en busca de pruebas para utilizar en la *construcción* de su propio relato de lo que ocurrió. Hasta este punto, aquellos estructuralistas y postestructuralistas que dicen que la historia se construye están en lo cierto. Sin embargo, la construcción

32 P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism: Innovation and Expansion, 1688-1914*, London, Longman, 1993, p. 49.

33 Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire: essai d'épistémologie*, Paris, Éditions du Seuil, “L'Univers historique”, 1971 ; rééd. Seuil, “Points histoire”, 1996.

34 Michel Foucault, *Foucault Live: Interviews 1966-1984*, New York, Columbia University, 1989, p. 3.

35 G. R. Elton, *The Practice of History*, Sydney, Sydney University Press, 1967, p. 91.

de los historiadores no es algo que se deriva únicamente de las maquinaciones internas de su lenguaje y de su texto. Tampoco es una mera “interpretación” de textos suministrados por las gentes de los tiempos pasados. Una explicación histórica es un argumento inductivo construido a partir de indicios, lo que es algo bien diferente. Realmente, hay implicado un doble proceso: primero, determinar qué indicios hay para trabajar un tema determinado. Segundo, analizarlos, lo cual significa probar su autenticidad y luego evaluar su significación para el caso en cuestión. Aunque los historiadores construyen su caso, no construyen las pruebas para tal caso, más bien la *descubren*. Muy pocos documentos que han quedado del pasado son compilados para beneficio de los historiadores. Probablemente la mayor categoría individual consiste en los registros administrativos que todas las instituciones humanas –familia, sitio de trabajo, juzgados, gobierno o militares– usan para manejar sus asuntos. Los registros archivísticos de estas instituciones proporcionan mucho más pruebas históricas que el limitado conjunto de ensayos publicados, libros y memorias consultados por Foucault y compañía. La investigación archivística tiene que ser cuidadosa e imaginativa –el pasado no entrega sus secretos voluntariamente–, y nunca está pulcramente empacada y fácilmente accesible, como lo creen muchos críticos literarios y teóricos sociales con base en sus propias prácticas investigativas.

Es importante enfatizar en que aquellos que insisten en que toda las pruebas históricas son inherentemente subjetivas están equivocados. Los documentos archivísticos tienen una realidad y objetividad propias. Los nombres, cantidades y expresiones en las páginas no cambian, no importa quién los mire ni los propósitos, ideologías e interpretaciones que pudieran aplicárseles. Los historiadores no son libres para interpretar las pruebas de acuerdo con sus propias teorías o prejuicios. Las mismas pruebas restringirán los propósitos para los que pueden ser usa-

das. Esto es cierto aun respecto de aquellos documentos para los que todos los historiadores aceptan que varias interpretaciones son posibles. En estos casos, el intervalo de posibilidades es siempre finito y puede estar sujeto a debate. La ambigüedad o carencia de claridad no justifican una deconstrucción derrideana hacia la nulidad. Además, una vez que han sido desplegadas, las pruebas documentales están allí, en el registro histórico, para que alguien más las examine por sí mismo. Para la práctica de esta disciplina son esenciales las notas de pie de página y una documentación apropiada. Esto significa que el trabajo de los historiadores, al igual que el de los científicos, puede estar sujeto a corroboración y prueba por parte de otros investigadores en el mismo campo.

Aunque es verdad que los historiadores frecuentemente se aproximan a la tarea de escribir historia con el propósito de apoyar cierta teoría, establecer cierto punto de vista o resolver cierto problema, una de las experiencias más comunes es que las pruebas que encuentran los lleva a modificar su visión original. Cuando ellos van en búsqueda de pruebas no encuentran simplemente aquello que están buscando. La mayoría encontrará muchas otras cosas que no habían anticipado. El resultado, la mayoría de las veces, es que los indicios inesperados les sugerirán argumentos, interpretaciones y conclusiones alternativas, así como diferentes problemas de los cuales ocuparse. En otras palabras, los indicios con frecuencia obligan a los historiadores a cambiar de opinión, muy al contrario de las pretensiones de aquellos que sostienen lo contrario. Aunque teorías o valores podrían inspirar los orígenes de un proyecto histórico, al final son las pruebas mismas las que determinan qué caso se puede construir.

Por encima de todo, entonces, las explicaciones históricas tienen unas ciertas características que merecen ser consideradas como propiamente científicas. Aun cuando son narrativas de eventos únicos e irrepeti-

bles, y no están involucradas en la formulación de reglas generales o de predicciones, las explicaciones históricas comparten estas características con varios otros campos de estudio, incluyendo la biología evolutiva, la geología y recientes aproximaciones a la cosmología. Como ocurre con estos campos, la historia de los asuntos humanos se define por el estudio de la variación en el tiempo de su objeto de estudio. Al igual que en ellos, sus explicaciones se basan en la contingencia. Lo que ocurre en historia no es fortuito, pero es contingente a todo lo que acaeció anteriormente. Las explicaciones históricas de los asuntos humanos se pueden centrar bien en los relatos generales o bien en los específicos, pero frecuentemente involucran la interacción entre los dos enfoques. Los historiadores adhieren a una metodología disciplinar que incluye la construcción de explicaciones a partir de las fuentes. Las pruebas que usan no están dadas, sino que son algo que tienen que descubrir, primero, y luego analizar en su autenticidad y significación para la explicación. Solo una mínima cantidad de pruebas utilizadas por los historiadores son las que han sido deliberadamente preservadas para la posteridad. Su mayor fuente individual de indicios comprende registros administrativos de instituciones del pasado, los cuales fueron producidos no para el beneficio de los futuros investigadores, sino para el uso contemporáneo, y por lo tanto no están contaminados por alguna selectividad anticipante. La mayoría de estos documentos retienen una objetividad propia. Aún cuando mucha investigación histórica puede ser inspirada e iniciada por los valores y teorías de los historiadores, el tipo de documentación y la mención de referencias usadas dentro de la disciplina significa que sus explicaciones pueden ser probadas, corroboradas o desafiadas por otros. Por lo tanto, los *hallazgos* hechos por las explicaciones históricas son el producto de una metodología propiamente científica.

#### LA HISTORIA COMO DISCIPLINA

El concepto de disciplina académica está siendo atacado en nuestros días desde varios flancos. Esto es especialmente cierto en las humanidades y en las ciencias sociales, en las cuales nuevos movimientos en la crítica literaria y la teoría social han querido hacer caso omiso de las fronteras tradicionales entre las disciplinas o de otro modo subsumir algunos de los viejos campos en los emergentes. Uno de los autores debatidos en este artículo, Anthony Giddens, ha argumentado que ya no hay diferencia significativa entre la historia y la sociología, y en consecuencia estas dos disciplinas deberían ser asumidas por una criatura de su propia invención llamada “teoría de la estructuración”<sup>36</sup>. Desde una perspectiva diferente, los proponentes de los estudios culturales creen que son ellos los que están ahora mejor equipados para manejar los asuntos históricos. Lo que es tal vez de mayor interés es el hecho de que los más importantes campeones recientes de los valores académicos, y los más importantes críticos de las nuevas teorías no se han sentido capaces de expresar su defensa dentro de un marco basado en el valor de las disciplinas académicas. Tanto Alan Bloom en *The Closing of the American Mind* como Roger Kimball en *Tenured Radicals* han respaldado el valor del “canon” del aprendizaje de Occidente; es decir, el cuerpo generalmente reconocido de “Grandes Libros” que han sobrevivido la prueba del tiempo y que hasta hace poco fueron reconocidos como centrales para una educación completa. Pero su concepto de preservar este canon no se ha extendido a las disciplinas intelectuales dentro de las cuales fueron escritos la mayoría de esos libros. Esto no es, probablemente, porque Bloom y Kimball estén contra esta idea. Permítanme dar algunas razones por las que ellos debieron

36 Anthony Giddens, “The Constitution of Society”. En Christopher Bryant y David Jary (eds.): *Giddens’ Theory of Structuration*, Londres, Routledge, 1991.

haber llevado su argumento un paso más adelante.

Antes que la producción de un cuerpo de obras sobresalientes, la base del aprendizaje de Occidente ha sido la organización de la búsqueda del conocimiento dentro de un número de campos distintos llamados “disciplinas”. Sin demeritar la estatura de los Grandes Libros, es sin embargo cierto que sus logros fueron posibles gracias a la contribución y el ejemplo de todos aquellos que trabajaron en el mismo intelectualmente coherente campo de estudio. Como Edward Gibbon, Isaac Newton y otros reconocieron abiertamente, las figuras más importantes se han apoyado siempre en los hombros de sus pares. La historia del conocimiento occidental muestra la importancia decisiva de la estructuración de las disciplinas. Esta estructuración le permitió a Occidente beneficiarse de dos innovaciones claves: la sistematización de los métodos de investigación que produjo una acumulación de hallazgos consistentes, y la organización de una enseñanza efectiva que permitiera la transmisión, de una generación a otra, de un extenso y acumulativo cuerpo de conocimientos.

Las disciplinas intelectuales fueron fundadas en la antigua Grecia y obtuvieron un ímpetu considerable gracias al trabajo de Aristóteles, quien identificó y organizó una serie de materias en cuerpos ordenados de aprendizaje. Los siguientes estímulos importantes para la formación de las disciplinas fueron la revolución científica del siglo XVII y la Ilustración del siglo XVIII, cuando proliferaron nuevas disciplinas y algunos campos más antiguos fueron revividos. Sin embargo, existió un largo período intermedio, entre la Alta y la Baja Edad Media, cuando la autoridad de la Iglesia Cristiana y sus textos sagrados dominaron la vida intelectual. Aunque la práctica científica continuó a través de la época medieval y los escritos de los antiguos se fueron haciendo progresivamente más ampliamente conocidos, la teología y la revelación reemplazaron sin embargo a las

disciplinas seculares como fuentes del saber. El legado de tener una autoridad central en esta posición fue que la diferenciación entre contenidos se erosionó. Hubo una ausencia de criterio respecto a cuál tipo de argumento o prueba debería ser tenido en cuenta como relevante en alguna explicación. El oscurantismo y la deliberación críptica florecieron. Una de las cosas más impactantes acerca del producto de la teoría social y literaria de la última parte del siglo XX es que tan estrechamente se asemeja —a través de su servil devoción a los textos seminales y su libre recorrido a través de todos los temas de estudio— a la teología del clero medieval. Los teóricos de hoy han sustituido los textos cristianos por la teoría francesa, pero buscan desglosar las disciplinas en exactamente la misma manera. Son los más fervientes defensores de la reorganización de los campos académicos existentes en los llamados estudios multidisciplinarios. Su meta no es fusionar, sino subsumir todos los campos existentes en el estudio de la vida humana bajo la única disciplina central de los Estudios Culturales. Tal movimiento debería ser visto como lo que es: no como una síntesis de corrientes académicas, sino como un debilitamiento de las tradiciones disciplinares que han constituido el poder generativo del conocimiento occidental por más de dos mil años.

Una disciplina tiene un punto de vista común sobre su materia de estudio más un método común de estudio. Algunas disciplinas pueden compartir la misma materia de estudio: la sociedad humana, por ejemplo, es la materia de estudio de la historia, la sociología, la antropología y la economía. En este caso, la diferencia entre las disciplinas la determinan el punto de vista con el cual se aborda el tema de estudio y la metodología utilizada. La historia siempre se ha diferenciado por enfocarse en la dimensión temporal, y por un proceso empírico de investigación basado en documentos. Las disciplinas no son fijas o estáticas, pues evolucionan a través del tiempo, algunas veces buscando la lógica de

sus principios constitutivos en áreas no imaginadas por sus practicantes iniciales. Hasta hace poco, la historia misma estaba todavía evolucionando, como lo testimonia el renacimiento de la historia social y de la “historia desde abajo” en los años sesenta y setenta, lo cual agregó una valiosa dimensión nueva y una mayor comprensión del campo. Pero las disciplinas pueden también llegar a un punto de crisis y experimentar un irreparable fracaso. Se podría, de hecho, argumentar que esta es la situación que actualmente enfrentan tanto la sociología como lo antropología. Estas dos fueron fundadas como estudios de la sociedad, independientes de la dimensión temporal, y ahora que han caído en la cuenta de que es imposible investigar sus temas de estudio de esta manera, los pobladores de estos campos están en una búsqueda desesperada de un territorio alterno. De ahí su interés en ocupar el terreno que fuera alguna vez de exclusiva competencia de la historia narrativa.

En general, es justo concluir que a pesar de todos los alegatos en contra, la historia todavía conserva sus credenciales como una disciplina que demuestra tanto el mérito fundamental de la tradición científica occidental, como el hecho de que esta tradición puede ser apropiadamente aplicada al estudio de los asuntos humanos. La real prueba del valor intelectual, claro está, solamente puede ser demostrada por los productos de una disciplina. A pesar de ser atacados desde todos los flancos, los historiadores empíricos han producido suficiente trabajo como para confirmar el valor de lo que hacen y establecer que la completa victoria de sus oponentes significaría una masiva pérdida neta para la sabiduría de Occidente. Una de las mejores

expresiones de esto proviene del ya agotado y desusado manual de los años sesenta citado anteriormente, escrito por G. R. Elton. Este es uno de los pocos comentaristas que han defendido la disciplina como tal, es decir, como un esfuerzo conjunto realizado por sus practicantes, quienes a través de un proceso de investigación, disputa, reclamo y contra-denuncia, han hecho genuinos avances en la comprensión de sí misma de la humanidad.

Cualquier persona que dude de esto podría interesarse por asumir algún problema histórico importante —la decadencia del Imperio Romano, o el ascenso de la Inglaterra industrial— y estudiar su discusión en la literatura seria de los últimos cincuenta años. Encontrará gran desacuerdo, mucho error demostrado, y probablemente una buena cantidad de sinsentido total, pero si está alerta se asombrará de la manera como el cuerpo de conocimientos consensuados ha aumentado, y por la manera como las variaciones interpretativas llegan a ser primero incrementadas y después reducidas por este avance. Los historiadores son tan aficionados a ostentar sus desacuerdos —y el estudio con seguridad progresa, la mitad de las veces, por la reapertura de cuestiones aparentemente definidas—, que la construcción acumulativa de conocimiento garantizado, tanto de hecho como de interpretación, es fácilmente pasado por alto. Sin embargo, es con seguridad impresionante el producto de investigación controlada, sistemática e imaginativamente conducida<sup>37</sup>. ❖

37 G. R. Elton, *The Practice of History*, Op. Cit., p. 63-64.